

Selección

TERROR

LOS EXORCISTAS

CURTIS GARLAND

Barney Gregson siguió, con el chorro de luz, el movimiento de aquella figura silenciosa. De sus invisibles labios, tras la melena larga, desordenada y lacia, brotó de nuevo aquel escalofriante sonido como un gorgoteo o un estertor, el que podía producir alguien en los límites mismos de la agonía. Luego… el horror se mostró en toda su desnudez ante los ojos súbitamente desorbitados del infeliz Gregson.

El alarido que escapó de los labios de éste, se mezcló con una larga, demoníaca, aterradora carcajada, brotando de unos labios totalmente deshumanizados, tras aquella melena que, al apartarse, reveló la carátula espantosa, inenarrable, que Gregson jamás hubiera imaginado ver. Luego, el manto o capa se abrió, desplegándose como las anchas y negras alas de un gigantesco murciélago o un vampiro colosal y terrible.

De debajo de los oscuros pliegues, emergieron unas garras que nada tenían de humanas, pese a que la figura lo fuese, e incluso por sus largos faldones hasta los desnudos pies, pareciese una mujer… Garras descarnadas, purulentas, sangrantes y horribles, de piel arrugada e informes dedos curvados. De largas uñas engarfiadas, de epidermis cubierta de llagas, como si una infernal lepra invadiese aquel cuerpo de pesadilla, erguido ante él.



Curtis Garland

Los exorcistas

Bolsilibros: Selección Terror - 80

ePub r1.0

Titivillus 25.03.15

Título original: *Los exorcistas*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Modernamente, los exorcistas parecen estar conformes en que la mayoría de los casos en los cuales la posesión es dudosa, son debidos a la histeria, y los métodos más apropiados para su tratamiento son los corrientes de la psiquiatría…
Como sea que en pocos casos los exorcistas hallan evidencia de algo más que de accesos histéricos, no son parcos en afirmar que, tan sólo el exorcismo y la expulsión de los espíritus que gozan de la posesión humana, puede lograr la cura de esa supuesta histeria.

ALDOUS HUXLEY
Los Demonios de Loudon

PRIMERA PARTE

LA ENDEMONIADA

CAPÍTULO PRIMERO

El ronco susurro heló la sangre en sus venas. Giró la cabeza, con ojos dilatados por el terror, tratando de saber qué o quién había emitido aquel sonido infernal. No encontró nada ni nadie a espaldas suyas. Pero de haber tenido muy cerca a cualquier ser viviente, le hubiera sido virtualmente imposible dar con él, tal era la densa niebla que le envolvía, en las brumosas y frías proximidades de las ciénagas. El marjal estaba cerca, y allí la visibilidad era siempre nula o casi nula.

El bueno de Barney Gregson lamentó haber dejado tan pronto la taberna de Mulligan. Ahora, en plena niebla, la prudencia le advertía que hubiera sido mejor perder unos minutos más —y también unos peniques—, tomando unas pintas de cerveza con los hermanos McCullen, para luego encaminarse juntos al suburbio situado más allá del siniestro marjal, donde el pueblo perdía prácticamente su nombre, para ser un simple descampado, amplio y desolado.

Pero eso ya no tenía remedio. La cantina iluminada, confortable y llena de clientela del viejo Mulligan, estaba tan lejos como el propio suburbio residencial, y hubiera sido una acción estúpida y cobarde, digna de que él anduviese en el futuro, durante meses enteros en boca de sus burlones convecinos, como un ejemplo de tipo medroso y cobardón, capaz de sentir pánico ante una simple noche oscura, de espesa niebla.

Los marjales no podían asustar a nadie, porque la zona pantanosa era angosta y no demasiado peligrosa. Cuando más, uno podía hundirse hasta las rodillas en sus ciénagas, pero la cosa no pasaba de ahí. Aquellos pantanos, capaces de engullir a un tipo hasta por encima de su cabeza, eran más leyenda que realidad, o cuando menos eso pensaba un buen conocedor del Yorkshire, como Barney Gregson, aun dentro de su repentino miedo actual.

Al detenerse, bien afincados sus pies en el suelo fangoso, derramando en torno un chorro lívido de luz con su lámpara eléctrica, Barney se dijo que el susurro debió ser algún juego acústico del cierzo nocturno entre la hojarasca de resecos arbustos y ásperos brezos.

Cuando menos, no percibió ningún otro ruido cercano, ni captó signo alguno de la más remota presencia viviente en torno, más allá de la frontera grisácea y pastosa formada por la niebla frente a él, donde la luz describía su trazo lechoso y difuso.

Más animado, resopló, como animándose a sí mismo, e incluso llegó a emitir una tos fuerte, decidida, antes de reanudar la marcha hacia su vivienda. Luego, sus pisadas fueron más recias y seguras, en el conocido camino hacia casa, a través de la oscuridad y la bruma, frías y pegajosas como un sudario extraído de una tumba…

Momentos más tarde, se repetía el susurro. Esta vez, no cabía duda alguna. Barney se paró en seco, con una helada congoja aferrándole el corazón hasta casi la asfixia. Miró en torno, inquieto, tratando de recordar qué animal nocturno podía producir semejante roce entre los brezos y el suelo blando y húmedo.

No recordó a ninguno. Pudo haber sido un reptil, ciertamente. Pero, de serlo, hubiese producido menos ruido…

Miró como hipnotizado hacia la masa de sombras que le envolvía. En torno a sus pies, la neblina se arrastraba, viscosa, enroscándose en torno a los tobillos, como un millar de sierpes vaporosas. Estaba empezando a sentir miedo. Auténtico miedo, a algo que ni siquiera sabía si era real o no, si existía o era producto de su imaginación. Era un sonido, sin embargo. Ronco, cercano, sigiloso. Como algo que se arrastrara, muy cerca de él. A sus espaldas, quizá.

La idea hizo que se le erizaran los cabellos en la nuca. Giró lentamente, y presionó el resorte de luz de su linterna, enfocando a la sombra, resueltamente. Esperaba hallarse con alguna alimaña desagradable. O acaso con alguien que le seguía, confundiéndole con otra persona, y con la idea poco tranquilizadora de agredirle en despoblado. Cualquiera de esas dos posibilidades hubiera alarmado a Gregson. Pero no le hubieran aterrorizado tanto como lo que reveló su lámpara, al formar un halo de luz en la niebla.

La figura estaba agazapada. De ella brotaba aquel murmullo

bronco, apagado, casi inhumano. Tembló. Una especie de manto o capa muy oscura, envolvía a la persona, si es que persona era, como parecía. El cabello era largo, envolvente. Cubría por completo el rostro inclinado, oculto a sus ojos. El bulto se agitó, con un gruñido, al ser herido por la luz. La mano de Barney tembló ostensiblemente, haciendo bailotear la luz. Ello produjo una oscilación fantasmal de la sombra de aquella figura, recortándose en la densa pantalla flotante hecha de brumas.

—Eh… —jadeó apagadamente, haciendo de tripas corazón—. ¿Qui… quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Le ocurre algo?

La forma empezaba a estirarse, en una paulatina distensión de sus miembros. Se erguía, de modo pausado, pero cierto. Estaba poniéndose en pie. Era un ser humano, después de todo.

Barney Gregson siguió, con el chorro de luz, el movimiento de aquella figura silenciosa. De sus invisibles labios, tras la melena larga, desordenada y lacia, brotó de nuevo aquel escalofriante sonido como un gorgoteo o un estertor, el que podía producir alguien en los límites mismos de la agonía. Luego… el horror se mostró en toda su desnudez ante los ojos súbitamente desorbitados del infeliz Gregson.

El alarido que escapó de los labios de éste, se mezcló con una larga, demoníaca, aterradora carcajada, brotando de unos labios totalmente deshumanizados, tras aquella melena que, al apartarse, reveló la carátula espantosa, inenarrable, que Gregson jamás hubiera imaginado ver. Luego, el manto o capa se abrió, desplegándose como las anchas y negras alas de un gigantesco murciélago o un vampiro colosal y terrible.

De debajo de los oscuros pliegues, emergieron unas garras que nada tenían de humanas, pese a que la figura lo fuese, e incluso por sus largos faldones hasta los desnudos pies, pareciese una mujer… Garras descarnadas, purulentas, sangrantes y horribles, de piel arrugada e informes dedos curvados. De largas uñas engarfiadas, de epidermis cubierta de llagas, como si una infernal lepra invadiese aquel cuerpo de pesadilla, erguido ante él.

Barney trató de escapar, de alejarse despavorido de aquella visión dantesca, para buscar en algún sitio refugio o protección contra las fuerzas infernales que parecían desencadenarse sobre él. Pero lo cierto es que nada pudo hacer por conseguirlo. Porque al

retroceder, sus pies se enredaron entre el fango y los matojos retorcidos, perdiendo el equilibrio y cayendo de espaldas, ante la visión alucinante.

Otra carcajada diabólica rasgó la noche, convulsionando al infeliz, que desorbitaba sus ojos, clavados en aquella especie de inhumano monstruo que intuía tras los pliegues de la amplia capa. El rostro espeluznante flotó ante él, en la niebla, como un inenarrable horror, surgido de las simas mismas de Satán.

Dientes amarillentos, ojos inyectados en sangre, que reflejaban una ferocidad infrahumana, rayana en un animalismo obsceno y cruel, se aproximaron a él. Las zarpas fétidas, purulentas, le alcanzaron… Hubo un desgarro de sus ropas, cuando las garras destrozaron su camisa, debajo de su cuello. Sollozó Barney Gregson, mientras la forma caía sobre él, y las zarpas llegaban a su garganta…

Hubo un chirrido agrio, escalofriante, al hender su piel, su carne, hundirse en su cuello, entre un baño de sangre… El grito desesperado del infortunado cliente del viejo Mulligan, se ahogó entre, esa sangre tumultuosa que escapaba por sus terribles heridas. Las risas se hicieron largas y repetidas, ferozmente complacidas ante el destrozo. Y en el suelo, sobre el barro y la bruma, se agitó un cuerpo al borde de la muerte, con el rostro despavorido, fijo en su fantástico asesino surgido de la niebla.

La figura casi inhumana, erguida y con el vuelo de la capa o manto extendido a modo de grandes alas desplegadas, se alejó despacio de su víctima. Los ojos malignos, enrojecidos y perversos, no se desviaban de aquel desdichado que agonizaba.

Allá en la noche, no lejos de allí, una llamada aguda quedó casi confundida con las risas espeluznantes del agresor nocturno:

—¡Barney! ¡Eh, Barney! ¿Dónde diablos te has metido? ¡Barney, te dejaste la tabaquera en la cantina! ¿Es que no te has dado cuenta? ¡Barney, amigo! ¿Qué pasa ahí? ¿Quién se ríe?

La figura de larga melena, de ropas flotantes, de pies desnudos y capa oscura sobre las faldas manchadas de fango en su extremo, se agitó en una especie de frenéticos espasmos, al sentir detrás la proximidad de alguien que caminaba pesadamente en la noche.

La mancha clara de un rayo de luz, bailoteó en la niebla, mientras alguien movía sin duda una lámpara eléctrica, en busca de

Barney Gregson. El rostro demoníaco contempló aquella huella de vecindad humana, y un alarido espantoso escapó de los labios.

Luego, la figura se precipitó en loca huida, a través de las sendas ocultas en los pantanos. Mientras lo hacía, bailoteando grotescamente como un fauno, aquella risa infernal, salvaje y despiadada, escapaba casi espasmódicamente de sus labios malignos.

—¡Barney! —insistió la voz, en la niebla, más cercana—. ¡Barney, soy yo, Cummings! ¡El *constable* Cummings! ¡Barney, por todos los diablos! ¿Dónde te has metido? No has podido ir mucho más lejos, por rápido que camines… Y esa risa… ¿eh, quién se ríe?

La risa se alejaba más y más. Solamente un bulto oscuro e informe era visible en la densa bruma viscosa que subía de los marjales, cuando el *constable* Cummings, único representante de la ley en la localidad de Hardfield y su comarca, llegó hasta donde yacía Barney Gregson, boca abajo sobre el fango, mientras la bruma se enroscaba como vapor caliente en torno a sus cabellos desordenados y su caída gorra oscura.

—Por todos los diablos… —refunfuñó el *constable* Herb Cummings, inclinándose hacia el caído—. Eh, Barney, ¿qué te pasa?…

Alzó un instante la mirada, contemplando la difusa forma oscura que parecía flotar en la niebla, allá lejos hasta fundirse en ella y desaparecer. Frunció el ceño, al captar los ecos de aquella risa chillona e inquietante.

Giró a Barney para ayudarle, volviendo a encender su linterna y proyectando la claridad contra el rostro del viejo convecino. Una exclamación de horror escapó de labios de Cummings. La claridad reveló, en toda su crudeza, aquel rostro demudado, lívido, de ojos desorbitados… y, sobre todo, el destrozo brutal en la garganta, como si la zarpa de una fiera salvaje hubiese desgarrado mortalmente el cuello de Barney Gregson.

Cummings se quedó sin aliento. Por unos instantes, no supo qué hacer. Gregson estaba muerto, y nada podía ya intentarse en su favor. Finalmente, alzó la cabeza.

Contempló las brumas en torno, con expresión torva. Se incorporó rápidamente, llevóse un silbato a los labios, y comenzó a hacerlo sonar, estridentemente, al tiempo que se precipitaba con

rapidez hacia las brumas, por el mismo lugar en que viera desaparecer a aquella sombra bailoteante, encorvada, que ni siquiera parecía humana, y que reía como hubiese podido hacerlo una hiena o un chacal. No llevaba armas, y Cummings, aunque era un ardiente defensor de las tradiciones británicas, lamentó que los policías metropolitanos o rurales, nunca pudiesen llevar encima un revólver, para casos semejantes.

No sabía la clase de ser a quien estaba persiguiendo, pero, ciertamente, quien atacó y causó semejante destrozo a Gregson, o era un loco feroz y sanguinario, provisto de algún alma desgarradora… o se trataba de un animal salvaje, escapado acaso de algún recinto zoológico o de un circo. No se le ocurría otra posible explicación.

Su silbato hendía agudamente la niebla y el silencio. La distancia hasta los suburbios de Hardfield no era mayor de trescientas yardas, por lo que fácilmente sería escuchado por sus habitantes, y éstos se apresurarían a acudir en su ayuda.

Cummings sólo disponía de su reglamentaria porra al cinto, pero no pensaba el *policeman* rural que aquel arma pudiese reducir a semejante adversario, llegado el caso. Sin embargo, estaba obligado a buscar al culpable, fuese hombre o bestia.

Ante él, solamente eran visibles las sombras ominosas de la espesura: matorrales, arboledas, raíces de sarmentosas ramas elevadas hacia la noche y la sombra como auténticos brazos retorcidos y desnudos, de monstruos petrificados, al acecho de los audaces caminantes que se aventuraban por el marjal. Y más allá, niebla. Siempre niebla, elevándose en volutas densas, viscosas, de la superficie pantanosa de las charcas.

Cummings se detuvo, jadeante. Llegó al límite de los pantanos. Ante él, unos altos setos daban límite a su senda. Más allá, el campo se hacía ondulado y verdeante, salpicado de árboles menos torturados y de ramajes y vegetación más normales. Unas luces brillaron en la noche.

—La casa del doctor Treadwell… —murmuró, pensativo, recuperando el aliento con dificultad—. Bueno, eso quiere decir que nada puede hacerse ya. Quienquiera que sea el que huía, o cualquiera que fuese la naturaleza de ese ser, ya lo he perdido definitivamente.

Descargó una patada en el suelo. Luego, se dispuso a emprender el regreso hasta donde yacía Barney, recibir allí a los demás habitantes de Hardfield, a quienes esperaba muy pronto en el lugar. Sólo que… las luces de Treadwell Manor le atraían. A fin de cuentas, allí vivía un médico. No es que pudiera hacer nada por el pobre Gregson, pero el doctor Treadwell era, además del único médico rural de la población, el forense obligado de la misma y, cuanto antes viera a la víctima, mejor.

Resopló, pues, echando a andar hacia adelante, camino de la finca del doctor Treadwell. Poco más tarde, llegaba ante su puerta, y tiraba, decidido, de la cadena que hizo sonar la campanilla en su interior.

* * *

—¿Dice que se trata de Barney Gregson?

—Sí, doctor Treadwell. El mismo. Barney Gregson, que jamás se metió con nadie. Había estado en la cantina de Mulligan, tomando unos tragos. Se iba cuando entré yo, dando la ronda habitual. Entonces me di cuenta de que se había dejado en una mesa su tabaquera. Sam McGregor iba a llevársela, pero le dije que yo mismo lo haría, y salí rápidamente en pos de Gregson. Cuando lo encontré… —exhaló un hondo suspiro—. Es horrible, doctor.

—¿Qué supone que le sucedió? —El doctor Glenn Treadwell arrugó el ceño, caminando a su lado resueltamente—. Por estos parajes no creo que haya animales feroces…

—No, no los hay, doctor —negó rotundamente el *constable*—. Cuando menos, nunca hasta ahora existieron motivos para pensar tal cosa, Pero creo que instalaron un circo la semana pasada, no lejos de aquí, en Wakegate. He pensado si, tal vez, alguna fiera peligrosa pudo evadirse de sus instalaciones…

—Sí, es una posibilidad —admitió el médico, distraído—. Bien, veremos qué le sucedió al bueno de Gregson, y entonces podremos discutir la cuestión con mayor rigor, *constable*. ¿Ha dejado a alguien cuidando del cadáver?

—No, a nadie. Pero hice sonar mi silbato largo tiempo. Supongo que habrá acudido gente hasta allí. Está en medio del camino entre

Hardfield y South Hill, donde vivía Barney, de modo que no les habrá sido difícil encontrarlo…

No, no les había sido nada difícil encontrarlo. Cuando Cummings y el doctor Treadwell llegaron al lugar, eran al menos ocho hombres los que rodeaban el cuerpo ensangrentado de Barney. Uno de ellos, el gigantesco irlandés pelirrojo Robert O'Sullivan, enarboló sus puños con fiereza, incorporándose al ver aproximarse al policía y al médico.

—*Constable,* ¿qué significa esto? —masculló, señalando hacia el cuerpo—. ¿Qué fue lo que le causó eso a Barney?

—Es lo que estoy tratando de averiguar, Robert —suspiró el policía—. He ido a buscar al doctor para que nos ayude en la tarea. Encontré a Barney tal como vosotros mismos le estáis viendo. Intenté perseguir a alguien que vi alejarse de aquí cuando acababan de matar a Barney, pero perdí su rastro en la niebla.

—¿Qué clase de animal era, *constable*? —Quiso saber Jock Simpson, el cerrajero, echando su aliento de fuerte hedor a ginebra contra el rostro de Cummings.

—No sé siquiera si era un animal o un ser humano —dijo el policía, pensativo.

—¿Cómo? —aulló O'Sullivan, estupefacto—. ¿Cree que eso pudo hacerlo un ser humano?

—No he dicho que lo hiciera o no, sino que ignoro qué o quién era lo que yo perseguí, al llegar. Emitía un sonido parecido a una risa, pero extraña y como humana. En suma, sé tanto como ustedes sobre el asunto. Esperemos que el doctor nos resuelva el misterio, a la vista de la herida que mató a Barney, muchachos.

El doctor Treadwell, dejando su maletín en el suelo, se inclinó para examinar el cadáver tendido en el sendero. Apenas se enfrentó con la desgarrada garganta inundada de sangre, se echó atrás, con una exclamación de horror. Las luces de los presentes revelaron la mortal palidez que el rostro del doctor, afilado, pulcro y de cuidada barba recortada, mostró en esos instantes.

Se prolongó el silencio, mientras el galeno estudiaba atentamente al hombre muerto. Las miradas de los presentes se mantenían fijas en el hombre alto, vestido de oscuro, de rostro noble, correcto y bien cuidado, de barbita levemente pelirroja, recortada y pulcra, de ojos oscuros e inteligentes. El doctor Glenn

Treadwell era persona apreciada y respetada en todo Hardfield. Al fin, el médico se incorporó despacio. Limpió sus dedos, manchados de sangre, en un puñado de hierbas, terminando de asearlos con su propio pañuelo. Exhaló luego un suspiro, y habló a Cummings en voz baja:

—Es una herida espantosa. Habrá que hacerle la autopsia para saber si eso se lo produjo la zarpa de una fiera o un objeto metálico y punzante, acaso un garfio. Por el momento, sólo puedo decirle que esa herida fue la causa de su muerte, naturalmente, y que el destrozo ha sido increíble. O el agresor tiene una fuerza descomunal, o sabía bien cómo aniquilar inmediatamente a su víctima, golpeándole en el lugar adecuado.

—Entiendo —asintió el policía, moviendo la cabeza pensativamente—. ¿Cuál es su opinión personal al respecto, doctor? ¿Cree que fue un animal, una fiera o cosa parecida? ¿O acaso alguien con… con una herramienta mortífera? Aun sin la evidencia clínica, ¿cuál es su criterio, en estos momentos?

El médico le miró, reflexivo. Hizo un leve encogimiento de hombros.

—No me gustaría equivocarme. Prefiero hablar sobre seguro, Cummings. De todos modos, puedo adelantarle que veo en todo esto algo muy raro…

—Yo también, doctor —confesó sombríamente el policía de Hardfield.

Hubo un breve silencio. O'Sullivan se aproximó a ellos en ese momento. Habló con recia entonación:

—Y bien, señores, ¿qué pueden decirnos sobre el pobre Barney? ¿Quién le hizo eso?

Cummings y el médico cambiaron una rápida mirada. Jock y los demás también se agrupaban en torno, ávidos de conocer una respuesta, la que fuese.

—Todavía es pronto para afirmar nada en ese sentido —habló el policía mansamente—. Hay que practicar la autopsia al cadáver, amigos. Pero el doctor y yo suponemos que pudo ser muy bien un animal salvaje que, por alguna razón, esté en libertad. Eso explicaría las cosas de un modo lógico y natural. En caso contrario, habría que pensar en un criminal demasiado feroz, en un verdadero demente, provisto de un garfio terrible.

—¿Un animal salvaje? —Jock Simpson sacudió la cabeza, pensativo—. No sé, *constable*… No me hago a la idea de que una fiera ande suelta por los pantanos y nadie la haya visto hasta ahora. Yo me inclinaría por el asesino, si no fuera porque… porque ésta es una comunidad pacífica y tranquila, y lo ha sido durante años.

—No siempre lo fue —rió fuertemente O'Sullivan—. Recordad la historia, muchachos. En tiempos, hubo endemoniados en Hardfield. Y se quemaron personas, acusadas de brujería, y posesión satánica…

Apenas pronunció la frase, el fornido irlandés se quedó callado, y apretó fuertemente los labios. Parecía arrepentido de haber dicho todo aquello. La gente, de modo brusco, se volvió a mirarle. Hubo cambios de miradas inquietas entre los presentes. Era como si, de repente, un soplo maléfico hubiera pasado como una ráfaga helada entre ellos.

—Posesión satánica… —jadeó Jock Simpson, bajando la cabeza —. Cielos, ¿cómo se te ocurrió eso, Robert?

—No sé… Fue una tontería —se encogió de hombros, el irlandés.

—La garganta destrozada… —silabeó lentamente alguien, abriéndose paso entre todos los demás componentes del grupo. El *constable* Cummings y el doctor Treadwell advirtieron que se trataba de Luther Jacobs, el presidente de la Comunidad de Ciudadanos de Hardfield, y bibliotecario del Ayuntamiento local. El hombre, pálido y delgado, muy alto y vestido de oscuro, se inclinó sobre el cuerpo caído, persignándose—. Esa herida, amigos… Es la misma forma en que fueron heridos, hace ahora ciento sesenta años, las víctimas de los endemoniados de Hardfield, que huyeron a la posesión del diablo, en el fuego purificador de la hoguera. Mis antepasados, Ian y Jeffrey Jacobs, formaron parte del tribunal que los condenó, y también intentaron con sus exorcismos salvar aquellas desdichadas almas poseídas por Satán, antes de que la hoguera fuese su irremisible redención humana. Yo siempre dije que el diablo está entre nosotros, y vuelve a nosotros cuando la corrupción reina entre los hombres. Ésa es la señal indeleble y acusadora de su presencia en Hardfield. ¡El diablo nunca nos abandonó totalmente, porque hemos pecado y atraído sobre nosotros y nuestros vicios sus diabólicas preferencias!

—Jacobs, no diga tonterías —replicó secamente el doctor Treadwell, revelando cierta agresividad en su frío tono—. Estamos ante una muerte perfectamente natural, provocada por un acto violento, que lo mismo puede ser agresión animal que humana, pero que no tiene nada de diabólica. Ni aquí huele a azufre, ni el *constable* Cummings descubrió a súcubo alguno cuando encontró el cadáver, ni esa herida tiene por qué ser una señal del diablo.

—Doctor Treadwell, la Ciencia es, hoy día, el mayor cómplice y protector de los recursos satánicos —sentenció glacialmente el extraño Luther Jacobs, irguiendo su larga, solemne estatura—. Yo sé, porque la Historia lo dice, y los legajos del pasado siglo aún pueden examinarse en la biblioteca pública, con detalles del proceso de 1810, que todos los que se negaron a servir al Diablo, fueron muertos de un zarpazo en el cuello. Y esa zarpa era la del propio Satán o la de sus más fieles siervos humanos de la comunidad, como pudieron probar posteriormente los magistrados encargados del caso. Nadie puede afirmar que un proceso así fuese ninguna tontería, como usted tan ligeramente ha afirmado, doctor.

—Escuche, Jacobs —se irritó ostensiblemente el doctor Treadwell, apuntándole con un dedo firme, enérgico y sin vacilaciones, rígido como el cañón de un revólver—. Todas esas patrañas serían aceptables por la credulidad, la superstición y la ingenuidad de las personas de otros tiempos, pero estamos en pleno siglo XX, y no voy a admitir que ande propagando por ahí supercherías de ignorantes. Usted y su hermana tienen fama de estar obsesionados todavía por esas ideas de otras épocas, e incluso se atribuyen virtudes de exorcistas y cosa parecida. Si esperan que las personas responsables aprobemos otra *caza de brujas* en nuestros días, basándose en tan ridículas teorías, están muy equivocados, se lo advierto. Ahora, señores, debo marcharme. *Constable*, estaré a su disposición mañana.

—Conforme, doctor —Cummings miró a los presentes, tras una ojeada pensativa a Luther Jacobs. Se dirigió finalmente a Simpson —. Jock, ve por tu furgoneta. Llevaremos en ella al pobre Barney hasta el depósito. Vosotros, quedaos aquí. Que nadie toque el cuerpo de Barney bajo ningún pretexto. Volveré en seguida. Voy a acompañar al doctor hasta su casa, si no le molesta. Quisiera cambiar unas impresiones con él.

—Conforme, Cummings —aceptó el médico, con un suspiro. Miró irónicamente a Jacobs, de soslayo, y añadió con tono sarcástico—: Siempre será un alivio verse acompañado por la autoridad. Especialmente, habiendo sueltos por ahí súcubos y endemoniados.

Hubo unas breves risas en el corro, y Luther Jacobs entornó sus oscuros ojos malignamente, molesto por aquellas burlas. Se retiró despacio, perdiéndose en la oscuridad.

CAPÍTULO II

—De modo que no cree usted en nada sobrenatural, doctor…

—Cielos, Cummings, claro que no. ¿Usted, sí?

—Por supuesto que no, pero Luther es un tipo que impresiona —sacudió la cabeza el policía, caminando junto al doctor, en dirección a Treadwell Manor—. Si sigue diciendo todas esas cosas, las viejas chismosas del pueblo las repetirán, creyéndolas a pies juntillas.

—Sí, es muy posible —admitió el médico—. Yo que usted, Cummings, advertiría a los dos hermanos Jacobs, a Luther y a Melania, de que no anduvieran propagando fantasías por el lugar. Dadas las circunstancias de la muerte de Gregson, podría ocurrir muy fácilmente que muchas personas se sintieran amedrentadas, y renaciera la superstición.

—¿En nuestros días, doctor? —dudó con escepticismo Cummings.

—En cualquier momento puede suceder, sobre todo en lugares provincianos, donde la gente aún vive apegada a cosas de otros tiempos, a tradiciones y leyendas.

—Lo tendré en cuenta, doctor, y advertiré a esos dos, debidamente.

Estaban llegando ya a la casa. El policía cruzó el prado de verde césped, entre setos y arboledas, camino de la vivienda del médico.

—Bien, Cummings, no necesita molestarse en acompañarme hasta la casa. Conozco el camino, y no temo nada en especial. ¿Acaso usted sí?

—No, no es eso. Pero ya que hemos venido hasta aquí, charlando, no importa que le deje en su casa —sonrió el policía—. Después de todo, no estaremos enfrentándonos al diablo, pero sí posiblemente a un animal feroz o a un criminal demente. En ambos casos, me sentiré más tranquilo si le dejo a salvo, en una noche

semejante.

—Está bien. Si es su gusto… —Treadwell se encogió de hombros, y ambos hombres alcanzaron el jardín de la vivienda, cruzándolo hasta el mismo porche. El médico abrió la puerta con su llave. Había luz en el piso alto. Treadwell clavó en ella su mirada pensativa—. Es mi hija, Cummings. Duerme con la luz encendida. Tenía bastante fiebre, ayer y hoy.

—¿Algo serio, doctor?

—Oh, no, nada. Un enfriamiento, con algo de cefalea. Dolor fuerte de cabeza, ¿sabe?

Los ojos de Cummings acababan de detenerse en la alfombra del vestíbulo. Las manchas de barro atrajeron su atención. Tocó una de ellas con la punta de su zapato. El barro se extendió, todavía blando. Miró a Treadwell que, perplejo, había observado su operación.

—¿Tiene visitas, doctor? —indagó Cummings.

—No lo creo —enarcó las cejas el médico. Estudió la alfombra —. Parecen pisadas…

—Y muy recientes —convino el policía—. Usted salió hace rato de casa. Tal vez en su ausencia vino alguien… Sus huellas de antes ya estarían secas.

—Además, dejo mis chanclos afuera —señaló Treadwell. Elevó de nuevo la mirada a la escalera—. No, Pamela está en cama. No abriría la puerta a nadie, y menos a estas horas…

En ese momento, hubo una sombra que cruzó, rápida, ante la luz de arriba. Cummings enarcó las cejas. Treadwell lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Hay alguien con su hija? —indagó Cummings.

—No… La señora Parrish, la asistenta, se marchó a las siete… —rápido, Treadwell corrió escaleras arriba. Le siguió Cummings, tras una vacilación. Oyó llamar al médico, con voz enérgica—: ¡Pamela! ¡Pamela!

Alcanzaron el piso alto. Salía luz de una alcoba inmediata. Y con la luz, brotó una voz, dulce y llena de feminidad:

—¿Sí, papá? ¿Por qué llamas con esos gritos?

Alcanzaron la puerta del dormitorio. El médico se detuvo en el umbral, y Cummings, tras él. En el lecho, Pamela Treadwell pareció enormemente sorprendida.

—¿Estás bien? —jadeó su padre—. ¿No ha venido nadie, en mi ausencia?

—No, nadie, papá —rechazó ella, con perplejidad. Miró a Cummings—. ¿Qué sucede? ¿Qué hace usted aquí, *constable*?

—Acompañé a su padre —carraspeó el policía. Luego, indagó, con voz seria—: ¿Seguro que está usted aquí sola, y no se ha movido del lecho, señorita Treadwell?

—Estoy aquí sola —sonrió ella dulcemente—. Pero sí me he movido. Acabo de regresar al lecho ahora mismo… ¿Por qué lo pregunta?

Su padre parecía muy interesado, examinando el largo cabello rubio claro de su hija, liso y hasta los hombros, lo mismo que su pálido óvalo facial, donde destacaba la luminosidad de sus ojos muy azules y la nota roja de sus labios carnosos.

—Pamela, querida… tienes el cabello mojado —observó el médico—. ¿Qué has hecho?

—Me desperté. Tenía sed. Y el cabello estaba horriblemente enredado. Lo humedecí un poco y lo alisé. También bebí agua y me llené de nuevo el vaso, que estaba vacío —lo señaló, sobre la mesilla de noche—. ¿Por qué todo eso, papá? ¿A qué vienen estas preguntas?

—No, nada —suspiró el médico, sacudiendo la cabeza—. Habíamos visto una sombra en movimiento aquí arriba. No debiste levantarte, Pamela.

—No te preocupes por mí —sonrió ella—. Me encuentro mucho mejor.

—Bien, yo les dejo —murmuró Cummings, incómodo—. Tengo mucho que hacer ahora. Buenas noches, señorita Treadwell. Hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, Cummings —le despidió el médico.

El *constable* de Hardfield descendió rápidamente a la planta baja. Ya estaba explicada la sombra en movimiento de poco antes. Y los cabellos mojados de Pamela, que no se debían a la humedad exterior de la noche brumosa, sino a un simple peinado.

Se detuvo un instante en el vestíbulo, antes de salir. Miró a la alfombra. Aquello no estaba explicado. Tocó el barro. No hacía más de diez minutos que alguien manchó el suelo al pisarlo. Alguien que venía del exterior. Y Pamela estaba sola… Cummings sacudió la

cabeza. Salió de la casa de los Treadwell, regresando a la niebla y la oscuridad, fría y húmeda. Se tocó sus cabellos. Estaban también mojados. Pero Pamela Treadwell estaba enferma, y no podía salir de casa. ¿O tal vez sí?

* * *

—Todos habéis leído el informe oficial de la autopsia. Figura incluso en el diario de hoy de Leeds, junto con el relato de los hechos —Luther Jacobs respiró con fuerza, antes de proseguir—: A través de todo ello, sólo hemos podido enterarnos de una cosa: que sigue ignorándose qué o quién asesinó a nuestro conciudadano Barney Gregson.

—Un momento, Jacobs —terció Robert O'Sullivan, incorporándose en su asiento—. La autopsia, lo único que ha revelado es que no hay rastros de objeto metálico alguno, lo cual parece demostrar, sin lugar a dudas, que pudo ser un animal salvaje el que agredió a Barney, ya que ningún hombre posee una zarpa semejante…

—Exacto —cortó Jacobs, alzando sus brazos al aire, majestuoso en medio de la masa de ciudadanos presentes en la sala de Consejo del Ayuntamiento, donde se había convocado aquella asamblea a petición del propio Luther Jacobs, su presidente—. Usted ha sido muy expresivo ahora, O'Sullivan, al decir que ningún hombre posee una zarpa capaz de matar de ese modo al pobre Barney. Estamos totalmente de acuerdo. Pero yo pregunto: ¿Qué clase de animal salvaje, en nuestra Inglaterra, existe hoy en día, capaz de tal agresión mortal? ¿Qué animal ríe como un ser enloquecido o emite un sonido semejante?

Hubo un silencio impresionante en la sala. Junto a Luther, enfático conferenciante, tomaba asiento una dama enjuta, cuarentona, de cabellos negros y ropas tan oscuras como las de él. Un notable parecido era ostensible en ambos. Los hermanos Jacobs, Luther y Melania, no podían ocultar su parentesco, ni siquiera a los extraños. Aparte su semejanza física había algo común en ellos: su rigidez, su extraño hermetismo, su desconfianza hacia todo cuanto les rodeaba.

—Hay un circo instalado en Wakegate —le recordó tímidamente Jock Simpson, sin levantarse de su asiento—. Algún animal pudo evadirse de allí…

—Quizá —convino secamente Jacobs—. Pero ¿tenemos evidencia de ello? No. Nadie ha denunciado una desaparición semejante. Cummings está intentando ahora comunicarse con Wakegate, para saber si alguna fiera del circo se escapó últimamente, y ellos no lo denunciaron por miedo a su responsabilidad. Pero estoy seguro de que su pesquisa será negativa.

—Entonces, ¿qué sugiere, Jacobs? —preguntó Matt Loring, el propietario de la farmacia.

—Sugiero la presencia de algo que no ha de ser, forzosamente, un animal feroz o un asesino demente. De algo que explicaría, sin duda alguna, la muerte de nuestro conciudadano, con mucha mayor evidencia que todas las teorías policíacas y médicas.

—¿A qué se refiere? —Quiso saber el hotelero McMillan.

—Al diablo —sentenció fríamente Luther Jacobs.

Hubo un silencio, salpicado de algunas risas irónicas. La mirada fría y acusadora de la hermana de Luther, la solemne y callada Melania, resbaló sobre los que reían, con un desdén arrogante, como lamentando aquel rasgo de escepticismo y ceguera.

—Vamos, vamos, Jacobs —rechazó alguien—. Estamos en el siglo XX.

—¡Escuchad, ignorantes, ciegos y torpes! —aulló Jacobs, alzando al cielo sus brazos, en un movimiento declamatorio muy convincente—. ¡Vuestra propia torpeza es la que os condena a la peor de las suertes! ¡El mundo entero cierra sus ojos ante los poderes satánicos, hábilmente filtrados entre nosotros! ¡Pero yo os aseguro que las cosas no son diferentes a como fueron en otro tiempo, y que los endemoniados existen entre nosotros mismos, y cualquiera de nosotros puede ser poseído por Satán, si no es lo bastante fuerte y puro para enfrentarse a ese peligro y combatirlo con la ley y la firmeza por armas! En suma, amigos míos: Barney Gregson fue atacado por un siervo de Satán, fuese quien fuese… ¡y eso explicaría que sus garras fuesen como las de una fiera o un monstruo, y capaces, por tanto, de aniquilar de un solo zarpazo a cualquier ser viviente! Esas risas endemoniadas, ese ser que se evaporó en la niebla… ¿de qué nos hablan, sino de una criatura

diabólica? Yo os lo digo, amigos: el Mal está entre nosotros. El Mal ha llegado de nuevo a Hardfield, y sólo con el exorcismo, puesta toda nuestra fe en él, podremos desarraigar a los poderes satánicos de nuestra comunidad… Recordadlo, y no os riáis de mis palabras, en tanto nadie os explica la verdad de lo sucedido. Algún día, recordad bien esto, volveréis a mí para darme la razón. Desgraciadamente… estoy seguro de ello. Eso es todo, amigos. Se levanta la sesión.

Abandonó la sala, con arrogancia, seguido por su callada hermana Melania. Los demás, en medio de un gran revuelo, burlas y comentarios escépticos, desalojaron también el recinto.

El *constable* Cummings salía de la oficina de la localidad, cuando se cruzó con los asistentes a la asamblea ciudadana. Les miró, pensativo, con el ceño fruncido. Sabía la clase de conferencia que Jacobs había convocado, y no le gustaba en absoluto.

—Eh, *constable* —habló McMillan, el dueño del hotel, deteniéndose ante él, en compañía de O'Sullivan, Simpson y otros —. ¿Sabe ya algo sobre ese circo de Wakegate?

—Sí —respondió Cummings, de mala gana, inclinando la cabeza —. Acabo de hablar telefónicamente con el administrador del circo y con el jefe de la policía de Wakegate. No ha habido pérdida alguna de animales, en ningún momento. De modo que la teoría de la existencia de un asesino, parece confirmarse…

Los ciudadanos se miraron entre sí, preocupados. Había algo en sus miradas, como una sombría contrariedad. Y fue Simpson quien expresó sus pensamientos en voz alta:

—Lo malo es que también la teoría de Jacobs parece tomar más fuerza, *constable*…

CAPÍTULO III

Helen McCullen había tenido un día muy ajetreado. Quizá por ello, cuando llegó el momento de emprender el regreso a casa, respiró con alivio, y se mostró más alegre. Era una muchacha fuerte y robusta, como exigía su trabajo. Había pocas mujeres en toda la región capaces de competir con ella en fuerza física. Sus brazos rollizos poseían musculatura considerable, y sus grandes pechos no eran obstáculo para desarrollar toda clase de esfuerzos físicos violentos, como tampoco lo eran sus caderas prominentes.

Toda aquella recia humanidad, de carnes fuertes y duras, era lo que ella precisaba para sus labores en el lugar, realizando la limpieza de establecimientos, pisos y todo aquello que fuera preciso, como cargar y descargar objetos pesados, ordeñar vacas y cuidar de las granjas que precisaran de ayuda. Hacía su tarea por horas, y se ganaba unas buenas guineas con todo ello. No había pensado siquiera en casarse, porque se bastaba por sí sola para mantenerse con holgura, y así no tenía que soportar a nadie a su lado. Helen era una mujer muy práctica y, desde luego, nada romántica.

Físicamente, no era fea, pero tampoco atractiva, quizá a causa de su propio desarrollo excesivo. Aunque había personas como Jock Simpson, el cerrajero, que gustaba de las damas bien metidas en carnes, y en ese sentido, no había duda de que pocas podían competir con Helen McCullen. Sus formas macizas, de matrona vigorosa, traían loco a Simpson, y ella lo sabía. Ya en dos ocasiones, haciendo la limpieza de su taller, tuvo que defenderse a bofetones de las audacias de Simpson, y lo cierto es que el pobre cerrajero probó en su rostro la fuerza contundente de la hembra, aunque ello no hizo sino acrecentar su interés.

Esa tarde, ya oscurecido, mientras las campanas de la capilla doblaban a difunto por el alma del pobre Barney Gregson, enterrado

el día antes, en un oficio fúnebre dispuesto por la comunidad, Helen McCullen recogió su bolsa de utensilios habituales de trabajo, resopló, hinchando su torso gigantesco, y se dispuso a cruzar el pueblo, encaminándose a las afueras de Hardfield, no lejos de los pantanos, en el suburbio sur, donde vivía.

Jock Simpson estaba cerrando por entonces su negocio de cerrajería, y se disponía a ir a la cantina de Mulligan a tomar unas copas. Quizá por ello, impensadamente, pasó la idea por su mente, mientras sus ojos codiciosos seguían el ritmo de las rotundidades físicas de Helen McCullen.

Pensarlo y llevarlo a la práctica, fue todo uno. Cerró el negocio definitivamente… y varió de rumbo. En vez de ir hacia el *pub* de Mulligan emprendió la marcha en seguimiento de su amada. Helen McCullen, bien ajena a todo ello, se movía decidida, con sus andares resueltos, alejándose más y más del centro de la población. Pasó frente a la oficina del *constable* Cummings cuando en ella entraba Gregory, el repartidor de la oficina postal y telegráfica de Hardfield.

El policía no advirtió, por tanto, el hecho de que Jock Simpson anduviera detrás de la rolliza Helen, a causa de la llegada del repartidor, que puso en su mesa un telegrama.

—Es urgente, *constable* —informó—. Acaba de llegar de Londres.

—¿Londres? —Cummings frunció el ceño. Esperaba noticias de Scotland Yard, respecto a su consulta sobre el caso Gregson, pero no por vía telegráfica. Hizo un gesto, despidiendo al repartidor de telegramas, y abrió el despacho recibido, con aire de perplejidad.

> ENTERADO POR PRENSA Y TELEVISIÓN DEL MISTERIOSO ASESINATO DE HARDFIELD, ME INTERESARÍAN DATOS PARA MIS ESTUDIOS SOBRE CRÍMENES INSÓLITOS Y CASOS ANORMALES CRIMINALISTAS. RUEGO ME REMITAN CUANTO HALLEN ADECUADO. ESTOY AUTORIZADO A RECIBIR TALES INFORMACIONES A TRAVÉS DEL INSPECTOR-JEFE DE SCOTLAND YARD HAMILTON WALLACE. UN SALUDO: *Sir* Paul Galwin.

—*Sir* Paul Galwin… —meditó Cummings, arrugando el ceño—. ¡Qué extraña petición!

Tomó un volumen del *Quién es quién*. No tardó en hallar el nombre de *sir* Paul.

SIR PAUL GALWIN: Nacido en Londres, 1944. Hijo de *sir* Ronald Galwin y *lady* Marión Galwin. Aristócrata y millonario. Licenciado en Filosofía, doctorado en Ciencias Naturales. Investigador aficionado, miembro de la British Parapsicological Society, del British Spiritualist Research, afiliado al Centro de Investigaciones Psicológicas, detective aficionado, con prestigio incluso dentro de Scotland Yard, por ayudas prestadas a las autoridades, autor de una *Historia del Crimen* y otra *Historia de Crímenes Insólitos*, de la que anuncia una segunda parte próxima. Especialmente aficionado a temas sobrenaturales y extraños, también escribió un ensayo muy amplio, sobre los endemoniados, el exorcismo y las *cazas de brujas*.

Como primera referencia sobre el personaje era lo bastante clara. Cummings, perplejo, sacudió la cabeza, releyendo el telegrama y el párrafo del *Quién es quién*.

—Diablo, ¿por qué habrá imaginado ese individuo, a tantas millas de distancia, que hay algo raro, quizá poco natural, en el asesinato de Barney Gregson?

No tenía modo de descubrir tal cosa, por lo que optó por redactar un telegrama breve, en respuesta al recibido:

GUSTOSAMENTE LE INFORMARÉ DE CUANTO SOLICITE. POR CORREO APARTE LE REMITO FOTOCOPIAS DE DOCUMENTOS OFICIALES SOBRE EL CASO. TELEFONEÉ SI PRECISA MÁS AMPLIACIÓN DE DATOS. ATENTAMENTE: *Constable* Cummings.

Y se dijo que junto con la carta, quizá le enviase, a tan singular personaje, algunos detalles personales, nada oficiales y sí muy oficiosos. Como, por ejemplo, los comentarios de Luther Jacobs.

Sonrió, empezando a redactarlo. Y se preguntó qué pensaría el aristócrata londinense aficionado a los misterios policiacos y parapsicológicos o extrasensoriales, cuando leyese aquellos datos.

En esos momentos, Helen McCullen llegaba ya a las afueras de Hardfield, seguida a prudencial distancia por su enamorado Jock Simpson, que sólo tenía ojos para seguir y reseguir aquellas curvas opulentas de su dama.

Cummings no sabía nada de ello.

Y tampoco *sir* Paul Galwin, que en esos precisos momentos, en Londres, a muchas millas del Yorkshire, pantanoso, estaba pensando precisamente en el apasionante caso de Hardfield… A ambos, sin

duda alguna, les hubiera interesado mucho saber algo sobre Helen McCullen y su destino inmediato. Pero cuando supieron algo de todo ello, era ya demasiado tarde.

* * *

—No sé qué has podido ver en ello de particular, amigo mío. ¿De veras crees que ese asunto encierra algún misterio especial?

—Estoy seguro de ello, mi querido Donald. Por eso telegrafié a la policía de Hardfield. Sabes que tengo un raro olfato para ciertas cosas.

—Me gustaría saber qué olfateaste concretamente en este caso, Paul.

Sir Paul sonrió, saboreando su copa de Oporto, fija la mirada risueña en su amigo Donald Calver, escritor y periodista de cierto prestigio en la capital. Lo malo de Donald es que era tremendamente materialista, y no concedía gran crédito a los factores irreales o sobrenaturales de cualquier caso que se discutiera. Quizá por ello mismo, ambos discutían con frecuencia, y de esas discusiones acostumbraba a salir más luz que de una posible dualidad de criterios que impidiera el contraste de pareceres.

—Si he de serte sincero, no sé nada concreto que me permita estar seguro de mi corazonada. Pero cuando oí hablar de un posible animal salvaje, evadido de un circo, de un zarpazo feroz en la garganta… No podía imaginarme, por ejemplo, a una hiena atacando con su zarpa a un hombre, y sin embargo el policía Cummings, testigo del suceso, según los periódicos, afirmaba haber oído una extraña risa, alejándose a la vez que un bulto se perdía en la niebla… De modo que si no era una hiena, ¿qué diablos de animal hay que ría al atacar? Con esa zarpa, y la fotografía de la herida que publicaron Prensa y Televisión, sólo se puede imaginar uno a un tigre, un león, un leopardo o cosa parecida. Y esos animales no ríen, que yo sepa. Suponiendo a Cummings, el policía, demasiado impresionado para identificar el sonido, aceptado su error, cabía que fuese un rugido de animal salvaje. Y seguía sin imaginarme a un tigre o un león deambulando por los pantanos del Yorkshire como si tal cosa.

—Veo adónde vas a parar, pese a tu endiablado sentido del humor al comentar las cosas.

—Es que no se puede tomar en serio todo eso, querido Donald. De modo que deseché la posibilidad de que existiera un animal salvaje… y me quedé con el loco asesino que ríe y mata con una zarpa de metal. Pero la autopsia no revela presencia artificiosa alguna en la zarpa asesina. Eso resulta ya más raro, porque el metal deja ciertas huellas, visibles al microscopio, en los tejidos humanos desgarrados. De modo que tampoco vale mucho la segunda teoría.

—¿Hay alguna más?

—Que yo sepa, no. Quizá hayan disecado una zarpa de fiera, y la utilicen como arma. Eso sí tiene sentido. Pero revela astucia y cálculo. Mucho más del que un loco emplearía. Sobre todo, un loco capaz de reírse estúpidamente al matar. Una cosa no encaja mucho con otra. Y metido en todo ese lío, se me ocurrió buscar detalles sobre Hardfield.

—¿Qué clase de detalles, Paul?

Sir Galwin miró por la ventana, con cierta melancolía, a la tarde brumosa y gris que caía ya sobre Londres. A esas horas, una matrona de grandes opulencias caminaba por un suburbio neblinoso, en Hardfield, pero eso él no lo sabía, ni hubiera pensado que tuviese algún interés, de haberlo sabido…

Respondió calmosamente a su amigo:

—Geográficos simplemente, Donald —explicó—. Pero lo curioso es que, buscando esos detalles de simple localización, para conocer hábitos, costumbres y otras características peculiares en la gente de Hardfield… me encontré al mismo tiempo con sus datos históricos. Y ésos sí que me sorprendieron e intrigaron.

—¿Por qué motivo, Paul?

—Porque en esos datos históricos, me tropecé con una fecha significativa en el pasado de Hardfield: 1810, exactamente.

—¿Qué sucedió en 1810?

—Algo significativo, muy propio de esos tiempos: una cacería de brujas, más o menos justificada. Ejecuciones, doncellas en la hoguera, exorcismos, puritanismo religioso a ultranza… y muchas mentiras, como siempre, para encubrir pasiones personales, odios, enemistades y abusos. Todo el que caía mal a alguien, estaba endemoniado. Y, por tanto, pasaba a manos de los exorcistas. De

éstos, en casi todos los casos, iban a poder de inquisidores, jueces fanáticos… e inexorablemente, del verdugo como final.

—¿Qué tiene que ver ese pasado de Hardfield con su presente? —se interesó Donald Calver.

—Tal vez mucho —suspiró Paul Galwin, frotándose su mentón, enérgico en demasía tal vez, en contraste con la suavidad aristocrática de su gesto, de sus facciones angulosas y atractivas. Alzó su mano de repente, y engarfiando sus dedos, la dejó como una zarpa, en forma violenta, sobre el brazo de su butaca, diciendo con énfasis—: De momento, los endemoniados de Hardfield mataban a sus víctimas, durante la posesión diabólica, pretendidamente probada en los procesos de la época… de un brutal zarpazo en la garganta. ¿Te das cuenta, Donald?

—Un zarpazo… ¿Igual que ahora ha sucedido?

—Aproximadamente igual. Sólo que entonces no había dudas sobre la naturaleza del hecho: los jueces afirmaban que los poseídos, convertidos en mitad animales, mitad seres humanos, veían transformadas sus manos en garras de animal, y sus piernas en patas de macho cabrío, pongamos por caso. El rostro se desfiguraba horriblemente, cubriéndose de lacras, de costras purulentas y deformantes… y la boca crispada del endemoniado emitía voces inhumanas, risas convulsas y obscenidades monstruosas.

—Ya entiendo —Donald paseó por el gabinete, frente a su amigo —. Alguien está aprovechándose, quizá, de la leyenda y la historia, en su propio beneficio.

—Quizá —sonrió Paul—. Es lo primero que una mente racional y materialista pensaría. Tú eres tremendamente realista, mi querido amigo, y no puede sorprenderme tu teoría. Pero también tú admitirías como lógico en mí que no me una a tu modo de pensar.

—Oh, por supuesto —rió entre dientes Donald—. Imagino que vas a aceptar como posible la existencia de brujos y brujas en Hardfield. Y del propio diablo en persona, apestando a azufre y dando vueltas tranquilamente por su calle principal.

—Tu ironía está fuera de lugar —Paul se puso en pie, desperezándose. Su alta, esbelta figura, caminó hacia el ventanal—. Creo que hay algo más que una superchería vulgar, en todo caso.

—¿Cazador de monstruos sobrenaturales? —se mofó Donald.

—Quizá —se encogió de hombros el joven aristócrata, entornando sus grises pupilas con aire reflexivo—. Deja que reciba los informes del caso, y deduzca algo en torno a ello. Investigar a distancia un caso extraño, no resulta nada fácil. Imagino que Hardfield será un lugar dado a fáciles supersticiones, y que las gentes se dejarán impresionar fácilmente por su propia historia. En tal caso, todos pensarán una misma cosa: los diablos han vuelto.

—¿Y tú, no?

—Parece que un tipo como yo está obligado a pensar lo mismo. Pero me disgusta caer en la vulgaridad, mi querido amigo.

—¿Aunque lo vulgar sea lo cierto?

—Aun así, Donald. Personalmente, creo en muchas cosas fuera de lo natural, pero no en los endemoniados, para serte sincero.

—¿No crees en el diablo?

—Creo en el Bien y en el Mal. Creo en muchas manifestaciones extrañas de nuestro mundo. Pero dudo que Satán se dedique a ir poseyendo a la gente para hacer algo tan incongruente como destrozarle la garganta a un pobre diablo que sale de la cantina.

—En ese caso, estaremos totalmente de acuerdo. Existe un asesino perfectamente real y tangible, que hace suya la leyenda, para actuar impunemente sobre sus víctimas. Posiblemente, un loco… o alguien muy cuerdo, que pretende pasar por loco.

—Es una teoría completamente racional, Donald. Por eso no me gusta del todo.

—¿Existe alguna otra, si has rechazado también la sobrenatural, pese a tu gusto por tales cosas? —se extrañó Donald.

—Un momento —*sir* Paul Galwin alzó un brazo, deteniendo las palabras de su amigo—. Yo no he rechazado lo sobrenatural en sí… sino la explicación diabólica del caso.

—¿Es que puede existir otra posibilidad sobrenatural? —dudó Calver.

—Nunca se sabe —se encogió de hombros Paul—. Existen otras posibilidades más allá de lo natural, que ni tú ni los habitantes de Hardfield habéis imaginado.

—Me gustaría saber cuáles —puso en duda Donald.

—A mí también —sonrió Galwin—. Por eso digo que sería interesante conocer de modo directo ese lugar y esas gentes… Tal vez si se repiten los sucesos del otro día…

—¿Repetirse? —Se estremeció Donald, mirándole fijamente—. ¿Es que supones que puede repetirse algo así?

—Estoy casi seguro de ello —suspiró Paul.

—¡Cielos! ¿Cómo puedes decir eso? Otro crimen tan atroz…

—Me sorprendería que no hubiera pronto una segunda muerte, tan sangrienta y terrible como la anterior, Donald. Lo malo es que, aunque lo avisara a la gente de Hardfield, no iba a evitarse nada. Incluso sería posible que a estas mismas horas…

Su mirada vagó por la niebla de Londres, allá en el exterior, repentinamente oscuro, salpicado por las luces lechosas de la ciudad. No supo que sus palabras, aquel trivial comentario suyo, era toda una siniestra y segura premonición. Una vida humana estaba en peligro, en Hardfield, en esos momentos.

* * *

Helen McCullen lanzó un leve grito de sobresalto.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Quién anda ahí?

Nadie le contestó. La bruma nocturna, envolviéndola como un helado sudario húmedo, diluía formas ante sus ojos sorprendidos y preocupados. La rolliza Helen no era miedosa. En realidad, nunca había sentido miedo ante nada ni ante nadie. Ella sola se sabía capaz de hacer frente a tres o cuatro hombres, con muchas posibilidades de vencerlos a todos con la sola fuerza de sus recios brazos. Había oído hablar de doncellas ultrajadas por merodeadores nocturnos, pero aunque era doncella, no temía en absoluto ser presa de ningún sádico de turno. Se bastaba por sí sola para acabar con los entusiasmos sexuales del más pintado.

Esto era diferente, sin embargo. Estaba ya a la vista de su modesta vivienda, en el suburbio sureño de Hardfield, a menos de media milla de los pantanos. Había pocas casas en derredor. Y menos gente todavía, en especial cuando caía una noche desapacible como lo era ésta. Ante su casa, se alzaba aquella figura extraña, rígida, inmóvil, como esperándola por alguna misteriosa razón…

Observó su largo manto o capa negra, arrastrando hasta lo que parecían unos pies desnudos. Una larga sombra caía sobre el rostro

de la persona. Quizá era un velo, o acaso una larguísima cabellera. Helen sabía que, actualmente, muchos hombres llevaban pelo tan largo como cualquier mujer. Eso no era, por tanto, indicio de sexo alguno respecto a la persona enigmática situada en su camino, inmóvil y, al parecer, también silenciosa como un muerto. Sin saber la razón, evocó un suceso reciente en los marjales: la muerte de Barney Gregson. Y la idea la inquietó. La persona seguía sin responderle.

—Eh, quienquiera que sea, ¿qué pretende? —jadeó con agresividad—. ¿Asustarme, acaso? Si es así, le advierto que no tengo madera de asustadiza, hermano o hermana. Y si se pone pesado, puede que lo lamente.

Hinchó el torso, si es que ello era posible todavía más, enarboló sus puños recios, dignos de un matarife profesional, y avanzó, decidida, con la bolsa colgando de su brazo.

A espaldas suyas, hubo algo, un crujido de arbustos no muy lejano, que la hizo girar la cabeza, inquieta. Pensó si sería posible que fuesen a atacarla también por la espalda…

Fue un error prestar atención a ese sonido. De súbito, la figura rígida de enfrente cobró actividad. Se abrió su manto o capa, agitándose siniestramente, como las alas de un enorme cuervo o murciélago. Se precipitó sobre ella de un salto la extraña forma… y Helen, con un alarido de angustia repentina, descubrió lo inesperado, lo indescriptible. Una risa demoníaca, larga y salvaje, retumbó en sus oídos.

Una boca convulsa, babeante, un rostro purulento, lleno de llagas repugnantes, unos ojos inyectados en sangre, se enfrentaban a ella, como visión de pesadilla, emergiendo entre los cabellos largos y ásperos de aquel ser abominable.

Todo eso, con ser espantoso, no fue lo peor… ¡sino las garras que emergieron entre los pliegues de la gran capa oscura, precipitándose hacia su rostro y garganta!

Eran dos zarpas rugosas, malignas, de uñas curvas, durísimas, como las de un felino salvaje surgido de la jungla. Cabellos rojizos, erizados, cual los de un ser demoníaco, brotaban entre sus dedos engarfiados y malignos.

—¿Qué… qué significa…? —masculló la moza, con una imprecación soez, más digna de un arriero que de una mujer,

aunque fuese de su condición. Luego, no pudo evitar su alarido lleno ya de terror, de angustia súbita y quizá tardía—: ¡Favor, socorro! ¡Dios mío, ayudadme! ¡Es un demonio, un demonio!…

Luego, las garras alcanzaron su rostro y su garganta. Fueron dos zarpazos brutales, escalofriantes… Dos golpes desgarradores, que reventaron atrozmente su cara y su cuello, en un baño tumultuoso y repentino de sangre. El grito agudo, el estertor de la víctima desgajada por su asesino, así como la risa dantesca e inhumana de éste, llegaron nítidamente a los oídos del horrorizado Jock Simpson, tras haberse detenido éste entre los arbustos del suburbio, asustado por haber provocado el crujido de ramajes que, sin duda, alarmara a Helen McCullen.

Simpson vaciló, sintiendo que se erizaban de pánico sus cabellos. Pero algo del caballero que siempre llevara dentro el buen cerrajero, se rebeló contra su propio terror, y le hizo precipitarse audazmente hacia adelante, en defensa de Helen, mientras el alarido de ésta retumbaba, con ecos escalofriantes, dentro de su propio cerebro:

—¡Favor, socorro! ¡Dios mío, ayudadme! ¡Es un demonio, un demonio!…

No le importó que fuese un demonio. Incluso se atrevió a chillar, con energía:

—¡Animo, Helen, querida! ¡Ya voy, ya voy! ¡Corro en tu ayuda, malditos sean todos los demonios que pretendan asustarte!

El caballeroso enamorado alcanzó pronto el lugar donde Helen McCullen se agitaba en agonía, bañados en sangre sus voluminosos senos, desgarrada su faz, rota en un alud escarlata su garganta por el zarpazo del monstruo… Monstruo a quien Jock llegó a distinguir borrosamente, cuando emprendía veloz carrera en medio de la niebla, con un agitar de su manto negro, igual que las alas de un ave siniestra, llegada en vuelo directo desde los infiernos.

La risa, la diabólica risa infrahumana, retumbaba en el aire, en la niebla, como una maldición infernal que él no alcanzaba a entender.

—Helen… Oh, no, Helen, Dios mío… —sollozó, angustiado, trémulo, clavados sus ojos, ahora en el cuerpo sangrante convulso, agonizante, de la mujer que le miraba con ojos desorbitados, ora en aquella sombra siniestra que escapaba, entre carcajadas horribles, a

través de las brumas.

Inesperadamente, Jock tomó una decisión heroica, tras advertir que nada podía ya hacer en favor de su adorada Helen: partió en pos del monstruo asesino, sin una sola vacilación. Era una auténtica persecución, como pudo haberlo sido la del constable Cummings aquella otra noche en que falló su tentativa de dar alcance al monstruo fugitivo. Pero Jock tenía una ventaja de su lado: la proximidad del asesino era mucho mayor, y no le perdía de vista ni una sola vez, a medida que corría y corría en pos suyo, a través de la densa niebla. En medio de ella, como en un *ballet* fantástico y siniestro, la figura negra, como alada, flotaba delante de los ojos rabiosos de Jock Simpson.

No cedía un solo palmo en su carrera el fiel cerrajero. Tampoco el perseguido, cuya agilidad era evidente. Cuando alcanzaron los pantanos, Jock observó la seguridad con que su perseguido se movía en ellos, buscando siempre las rutas más seguras y firmes. Evidentemente, era alguien del pueblo. Sólo un ciudadano de Hardfield, hubiera conocido tan a la perfección el camino, salvando los marjales. Empezó a perder fe en los resultados de su carrera. Aquél era el terreno donde esperaba vencer al que huía, basándose en su posible torpeza. En vez de eso, se probaba que el fugitivo sabía tanto del terreno que pisaba como su propio perseguidor, nacido y criado allí.

Simpson, de súbito, observó un fallo ostensible en su presa. Tras una leve vacilación, había elegido la senda en zigzag, para rodear los más peligrosos pantanos. Él desconocía el camino en diagonal, y eso le permitiría ganar casi veinte yardas, en sólo sesenta de recorrido. La proporción significaba acercarse un tercio al enemigo. Y eso implicaría tenerlo, en un determinado momento, a menos de diez yardas de distancia.

Dominando su emoción, aunque interiormente preocupado por la posibilidad de enfrentarse directamente e un enemigo tan terriblemente cruel y peligroso, sin armas ni medios en su mano, Jock Simpson tomó el atajo a través del marjal, con el corazón palpitándole violentamente por la tensión del momento.

Tal y como esperaba, su encuentro cara a cara con la figura de flotante manto negro, se produjo al borde del marjal, una vez salvado éste, y entre fantasmales matojos.

—¡Al fin! —aulló—. ¡Quisiera ver tu rostro, maldito monstruo asesino!

Fue una imprecación rabiosa, casi instintiva, dictada por su odio, por su furia contra quien consideraba enemigo mortal, tras ver destrozada en un mar de sangre a su amada Helen. Pero lo cierto es que vio logrado su propósito, de modo insólito y brusco. Vio el rostro de su perseguido. Y más le valiera no haberlo visto. Jamás en su vida contempló horror más grande.

Estuvo seguro de que era una harpía, una bruja auténtica, llegada desde los infiernos. Solamente a una súcuba monstruosa podía corresponder aquella faz diabólica, convulsa, purulenta, de ojos inyectados en sangre, y que al mismo tiempo de revolverse hacia él, en un movimiento violento de su cabeza, que hizo agitar la crespa melena oscura, reveló entre los pliegues del manto oscuro unas garras monstruosas, de curvadas uñas aceradas, afiladas y goteantes de sangre fresca, humana, reciente…

No supo cómo lo hizo, pero Jock se tiró atrás, en un súbito movimiento reflejo. Su cuerpo musculoso y enjuto le ayudó mucho en ese esfuerzo desesperado, puramente intuitivo, y que le salvó de lo peor. De otro modo, hubiera sufrido la acción terrible, desgarradora, de aquella zarpa de muerte. Sintió el escalofriante silbido de los dedos monstruosos, de erizado vello rojizo, cortando el aire junto a su epidermis, con algo que recordaba un gélido viento, llegado de las tinieblas y de lo desconocido.

Se salvó al caer al fango del pantano, donde chapoteó, aferrándose a los tallos, con furia impotente, mientras una nueva risa satánica hendía el aire, flotaba sobre los marjales sombríos, casi solidificada en su aguda estridencia, y luego notó que su perseguido escapaba, sumergiéndose de modo definitivo en la niebla.

Jock Simpson emergió del fango, dificultosamente, y cayó en tierra, jadeante. Atrás, a su espalda, oía lejanamente voces y gritos, silbatos del *constable* Cummings.

La alarma había cundido. El nuevo crimen, evidentemente, había sido descubierto. Pero todo eso no consolaba en absoluto a Simpson, que aún sufría el impacto de haber visto en la agonía a su amada Helen.

Quería encontrar al monstruo asesino. Sólo que ahora sabía con la clase de espantoso ser al que se había querido enfrentar. Y estaba

seguro de que sólo un alarde de auténtica fortuna, le había evitado caer víctima de su enemigo, del mismo modo que antes cayeran Gregson y la pobre Helen…

Estaba vivo, y daba mentalmente gracias al Señor. Estaba convencido, además, de que, por un terrible instante, se había enfrentado a la misma imagen del diablo o a un fiel siervo.

Y aquel diablo, súcubo o poseso, se había perdido definitivamente en la noche brumosa. Pero Jock Simpson no pensaba en abandonar el intento de alcanzar a aquel endiablado adversario. Quería saber qué era, quién era, por qué sucedía todo aquello… Mentalmente, las palabras de Jacobs volvían a su memoria, martilleándole implacable, mientras deambulaba.

«El diablo está de nuevo entre nosotros… Sólo un poseso de Satán puede tener una garra para matar de ese modo…».

Sí. Tal vez tenía razón, después de todo, el fanático y obstinado Luther Jacobs. Quizá estaba el diablo en Hardfield, como estuviera en el pasado. Y quizá, otra vez, muchas personas de la población llegaran a ser poseídas por sus infernales poderes.

Un asesino monstruoso había bañado de sangre el lugar. Simpson estaba seguro, ahora, de que no se trataba de nadie humano. Hacía falta volver de nuevo a la vieja lucha contra el enemigo. Otra vez eran precisos los exorcistas…

Corrió cuanto le fue posible, con sus ropas empapadas de barro. No encontró a nadie. Pero, de repente, en la niebla, algo se abrió paso en ella, llegando hasta sus retinas.

Luces.

Luces rosadas, lejanas, amistosas. Luces de una casa, de un edificio perdido en la noche, más allá de los marjales.

Recordó, deteniéndose jadeante junto a unos setos. Él conocía aquella casa. Todos la conocían en Hardfield. La casa del doctor… Treadwell Manor.

Los Treadwell…

Vagamente, evocó la noche de la muerte de Gregson. El *constable* Cummings había ido en busca del médico, y había regresado con él, a casa. Era curioso; Gregson murió cerca de la vivienda de los Treadwell.

Ahora, él había perdido la pista del monstruo a poca distancia de esa misma vivienda.

Tal vez no significaba nada, pero Jock avanzó, decidido, acercándose a la edificación rodeada de jardines sombríos, de una alta verja. Y, algo más allá, de prados y setos. Y bastante más lejos, como un cerco obsesivo, de los marjales del Yorkshire.

Simpson cruzó todos esos lugares, hasta llegar a la verja metálica de la finca. Sorprendido, observó que ésta mostraba su puerta abierta, medio entornada. Una farola eléctrica, sobre el portón de hierro, derramaba luz amarillenta en torno. Esa luz llegaba difusa al suelo. Simpson miró. Era luz suficiente para descubrir en el suelo las huellas.

Huellas de pisadas. Fango removido, pies desnudos marcados en el blando suelo húmedo. Tallos pisoteados. La mirada de Jock, el cerrajero, se clavó en el quicio de entrada.

Había señales en el metal, como arañazos recientes. El roce, quizá, de unas uñas demasiado largas. Y demasiado curvas. Acudió a su mente el recuerdo de aquellas terribles garras velludas, instrumentos de muerte, al servicio de una criatura cruel y perversa. Tembló, mientras el sudor goteaba por su frente y sus mejillas, copioso y frío.

—Dios mío… —sollozó—. ¿Qué maldita pesadilla es ésta? ¿Se habrá metido ese súcubo infernal en la vivienda de los Treadwell? ¿Será éste el refugio que buscó en su fuga?

Trató de avanzar, de adentrarse en el jardín. Para ello, miró al suelo, dando unos pasos adelante. Ello le permitió ver las pisadas desnudas en el barro. Y algo más.

Gotas oscuras, negruzcas. Se inclinó. Las rozó con sus dedos. Olfateó, frotando aquella sustancia entre los dedos.

—Sangre… —gimió—. Sangre humana, sin duda… Cielos, es cierto… Esa… esa cosa horrible entró aquí, está aquí dentro… ¡acaso acechándome en el jardín!…

Y con un repentino grito ronco de horror, Jock dio media vuelta, agotada su valentía, y escapó. Escapó de regreso al pueblo, olvidándose de todo: de Helen, de su anterior audacia, del monstruo, de los Treadwell… Absolutamente de todo. Lo único que quería era huir, irse.

Sólo se detuvo, farfullando palabras sin sentido, entre las que mezclaba repetidamente el nombre de los Treadwell, cuando el uniforme oscuro de Cummings se plantó ante él, y las recias manos

del *constable* le impidieron seguir huyendo, en un zarandeo violento.

La voz del policía retumbó, furiosa y enérgica, en sus oídos:

—¡Vamos, vamos, Jock, serénate! Dime lo que viste… y de qué huyes…

CAPÍTULO IV

—Temo no entenderle, *constable*…

—Bien, doctor. Se lo explicaré claramente: venimos por indicación del señor Simpson.

—¿Jock Simpson, el cerrajero? —indagó el médico, frunciendo el ceño, mientras cerraba la portezuela de su coche *ranger*, el que utilizaba para sus visitas rurales.

—El mismo, doctor. Él presenció el asesinato de Helen McCullen, frente a su vivienda, y persiguió al criminal, siendo burlado por éste, después de una agresión con intenciones homicidas. Cayó al pantano, salió de él y alcanzó su casa. Al ver huellas de pisadas descalzas y gotas de sangre, supuso que el asesino entró en su hacienda, y escapó.

—Mi casa… Dios mío, *constable*, eso no es posible… —tartamudeó el médico, fija su mirada en el edificio—. Pamela, mi hija… Ella está sola por las noches… Y sigue enferma…

—Creí que era cosa de poco tiempo lo de su hija, doctor. ¿Aún continúa con el enfriamiento?

—Eso parece superado —los ojos del médico revelaron cierta súbita incertidumbre—. Pero las cefaleas y molestias persisten. He creído preferible prolongar el tratamiento.

—Parece que todo está normal en su casa, doctor —habló el *constable*, que esta vez, extrañamente, llevaba entre sus manos una escopeta de caza como arma poco usual en un *policeman* inglés—. Pero será mejor comprobarlo antes. Por eso me traje a unos cuantos ciudadanos armados. Y por eso me alegro de que su llegada haya coincidido con la nuestra, doctor.

—¿Qué pretende, exactamente?

—Saber si su hija no sufrió daño alguno. Y si todo sigue bien en la casa. Por otro lado, debemos seguir el rastro del asesino.

—Dice usted que Jock le vio cometer su crimen. ¿Pudo

describirlo de algún modo? —Había notable interés en la voz y el tono del galeno.

—Oh, sí, doctor —Cummings le miró fijamente—. Puede describirlo, ciertamente. Y lo ha hecho. Sólo que…

—Sólo… ¿qué?

—Bueno, no es fácil de explicar. Pero lo cierto es que no era humano lo que Jock Simpson creyó ver y oír…

—¿Ver y oír? ¿Qué vio y oyó Simpson?

—Una cosa monstruosa. Un ser abominable e increíble. El cree que era un discípulo de Satán, o el propio diablo hecho ser viviente…

—¡Bah, patrañas! —rechazó el médico.

—Es posible. La noche, la sangre, el miedo, la impresión y la niebla pueden hacer ver cosas insólitas, doctor —admitió serenamente el policía—. Pero Simpson es un hombre muy poco dado a fantasías. Lo demuestra el hecho de que estuviera locamente enamorado de una mujer zafia y tosca como Helen McCullen… Añade algo más: el monstruo, de quien incluso no sabe su sexo, igualmente horrible y deforme. Tengo su descripción exacta, pero no hace al caso. Ahora, lo que cuenta es proteger a su hija, y creo que estamos perdiendo un tiempo precioso. Por otro lado… le hablé antes de cosas oídas. Y por Dios que ésas sí coincidían exactamente con lo que yo escuché en otra ocasión: eran risas.

—¿Risas?

—Risas diabólicas, inhumanas, estridentes y salvajes… Risas que ningún ser humano emite jamás… En eso, Simpson y yo estamos de acuerdo, doctor. Risas que hielan la sangre.

El médico parecía a punto de replicar, violenta, acremente, a tales comentarios del policía local, cuando, de súbito, se llenó la noche neblinosa con un sonido estridente, estremecedor y horrible.

Una risa…

Una larga, espantosa, deshumanizada risa, que parecía venir de todas partes y de ninguna en realidad… Una risa que, sin embargo, Cummings localizó en su origen, de modo súbito y alarmante.

—¡Doctor! —aulló, de súbito, señalando hacia el interior de la vivienda—. ¡De su casa! ¡Viene esa risa de su casa, doctor Treadwell!…

El médico giró la cabeza. Estaba lívido, marmóreo casi cuando

escuchó aquel sonido largo, sibilante, maligno… Aquella risa que parecía surgir de simas insondables.

—¡Pamela! —jadeó el doctor Treadwell—. ¡Pamela, hija mía…!

Y echó a correr precipitadamente, hacia el edificio salpicado de luces. Le siguieron, decididamente. Cummings y los seis o siete hombres de Hardfield, provistos de armas ocasionales, como útiles de labranza o herramientas de trabajo.

* * *

La entrada en la casa fue como el asalto a una fortaleza. Sólo que la puerta de la vivienda amplia, de rojos ladrillos y grises tejados de pizarra, no podía ofrecerle obstáculos a su propio dueño. La llave del doctor abrió sin dificultades la cerradura.

El primero en cruzar el umbral fue, por supuesto, el propio médico. Cummings se hizo a un lado, aunque con su arma en ristre, en previsión de cualquier riesgo, facilitándole el acceso al padre de Pamela. La angustia contraía el rostro del alarmado padre.

—¡Pamela, Pamela, hija mía! —llamó el médico, con voz tensa, dejando vagar su mirada extraviada por el amplio vestíbulo y la escalera que conducía al piso alto.

—¡Miren! —jadeó Simpson, con tono angustiado—. ¡Miren el suelo!

Instintivamente, todos miraron la alfombra, mientras el doctor Treadwell alcanzaba la escalera, dispuesto a salir de dudas cuanto antes, en lo referente a la situación de su hija. Huellas de barro y oscuras gotas de algo que muy bien podía ser sangre humana, eran claramente visibles en la alfombra… camino de la escalera, precisamente. Al médico no se le escapó ese detalle estremecedor, y su pánico se mostró más claramente aún en el rostro pálido, crispado.

—Dios mío, si algo le ha sucedido a ella… —Le oyó jadear Cummings.

Estaba comenzando a subir la escalera. De repente, todos alzaron sus ojos, con expresión de horror. Arriba, estremeciendo la casa toda, había sonado una carcajada terrorífica, inhumana. La risa demoníaca de un ser que difícilmente podía ser clasificado como

miembro de la especie humana.

—¡Hija mía, Pamela! —sollozó roncamente el médico, aferrándose a la barandilla y subiendo a largas zancadas tres o cuatro escalones más.

No necesitó llegar arriba del todo. Antes de que eso sucediera, Pamela apareció ante ellos, en lo alto de la escalera.

Un grito de horror brotó de labios de Simpson. Cummings se tambaleó, incrédulo. Los demás retrocedieron de modo instintivo, con los ojos dilatados por el asombro y el miedo.

Pamela había aparecido arriba. Su padre la contempló, despavorido. Todos recordaban a la hija del doctor Treadwell. Pamela era una joven alta, rubia, delicada, esbelta y de hermoso rostro. Los ojos azules acostumbraban a mirar a la gente y a las cosas con una luminosa limpieza y honestidad, que a todos cautivaba. Así era Pamela Treadwell. Así había sido siempre, para los ciudadanos de Hardfield. La Pamela que ahora aparecía en la escalera, tenía poco en común con aquélla, salvo en el físico, que resultaba inconfundible… Los largos cabellos rubios flotaban en torno a su rostro, pero empapados de agua y de barro. Acaso también de algo más oscuro y reseco, posiblemente sangre… El rostro era una máscara lívida, convulsa, de ojos dilatados, enrojecidos, de boca crispada, de expresión maligna… Brotaba espuma entre sus labios, iba semidesnuda, envuelta en un largo *deshabillé* translúcido, y bailoteaba obscenamente, emitiendo largas y escalofriantes risas, que parecía imposible que salieran de sus labios.

—¡Es ella! —aulló Simpson, lívido—. ¡Es la bruja, la endemoniada! ¡Es Pamela Treadwell!

La acusación era demasiado terrible para que la gente la corease, pero hubo asentimiento de cabeza por doquier, y los convecinos se persignaron, mudos de pavor. Cummings no supo qué hacer, repentinamente pálido, y el propio doctor Treadwell se tambaleó, bajo aquel impacto emocional insospechado.

—Pamela… Pamela, hija mía —jadeó—. No… no es posible… ¿Qué te sucede?

Su hija le miró aviesamente, volvió a reír como demente, y echó a correr, entre flotantes y vaporosos tules, perdiéndose de vista, mientras su risa sacudía, con un escalofrío, a todos los testigos de la

increíble escena.

—¡No, Pamela! —aulló el padre, precipitándose hacia arriba—. ¡Espera!

—¡Cuidado, doctor! —avisó Cummings, lanzándose en pos de él—. ¡Puede ser peligrosa!

—¡No diga estupideces! —aulló el médico, sin dejar de correr—. ¡Es mi hija, y está enferma, acaso poseída por la fiebre, eso es todo!

—¡O poseída por Satán! —jadeó en voz alta Simpson.

El doctor Treadwell, escuchando aquellas acusaciones horrendas, que laceraban su ser tan cruelmente como la visión misma de su hija, no cejaba en su tarea de alcanzar a la joven.

Pamela corría ante él, como alucinada, y era difícil alcanzarla. Observó, con terror, que se encaminaba al ventanal del fondo del pasillo, como si intentara precipitarse por él al exterior, a la noche sombría y viscosa, de donde sin duda había vuelto poco antes.

—¡Detente! —gimió el médico—. ¡Pamela, hija, quédate donde estás, te lo ruego! ¡Soy yo, tu padre! ¡Nadie va a hacerte daño!

Cummings, cerca del médico, vigilaba atentamente a la muchacha. No se sentía en absoluto con ánimos de disparar su arma contra aquella desdichada a quien, de repente, creía ver como encarnación de algo perverso y maléfico, nunca sospechado. Sus propias convicciones, su espíritu de hombre materialista y práctico, se tambaleaban ante la evidencia de algo sobrenatural y terrible, presente en aquella casa, en aquella muchacha.

El médico, finalmente, logró anticiparse a su hija, cerrándole el paso hacia la ventana. Por el lado opuesto, el *constable* se vio en la posición favorable para intervenir, cerrando también la evasión a Pamela. Entre ambos hombres, ella quedó acorralada. Les miró indistintamente, con los ojos dilatados, medrosos, malignos sin duda. Luego, con un chillido histérico, se precipitó hacia el policía, con sus manos adelantadas, las uñas engarfiadas, la expresión frenética.

—¡Cummings, no dispare! —rogó el médico, angustiado—. ¡Defiéndase, pero no le haga daño! ¡Es evidente que sufre una crisis histérica o algo parecido!

Al policía de Hardfield no le parecía, en absoluto, que aquello pudiera ser una vulgar *crisis histérica*, como alegaba el angustiado padre, pero tampoco se sintió con ánimos para herir a mansalva a la

joven, pese a lo peligroso de su propia situación. En vez de ello, se limitó a arrojarse a un lado, eludiendo el zarpazo desesperado de la muchacha, y rápidamente cruzó su pierna ante ella, al tiempo que hacía lo mismo con su escopeta. Las largas piernas desnudas de Pamela Treadwell se enredaron en la del policía, así como en el arma. Trompicada, con un grito ronco de ira, la joven rodó por el corredor, y el *constable*, audazmente, se precipitó sobre ella, esforzándose por retenerla inmóvil.

Siempre hubiera pensado que era una fácil tarea, dada la contextura esbelta y delicada de la muchacha. Pero ella, ahora, se agitaba y forcejeaba, con jadeos violentos, y sus fuerzas parecían centuplicadas, como si una auténtica demencia poseyera su razón.

—Doctor, ayúdeme… —susurró Cummings—. Su hija posee la fuerza de un toro…

—No tiene sentido —masculló el médico, cayendo junto a él, y poniendo sus propias energías en el afán de reducir como fuese a su propia hija, que en el suelo forcejeaba como un animal furioso, con una vitalidad y energía que él nunca descubriera en ella.

Por la escalera subían los demás hombres, haciendo crujir las maderas enceradas. El médico, pálido y sudoroso, rogó en voz baja al policía:

—Procure sujetarla fuerte ahora. Voy a tratar de inyectarla. Es un sedante.

Asintió el *constable*, poniendo toda su energía en la tarea. Resultó difícil, pero pudo conseguirlo, durante unos segundos. Breves, aunque suficientes. El médico logró llenar una jeringuilla, apuradamente, con un líquido ambarino, que inyectó, rápido, en su hija. Ella chilló, y estuvo a punto de doblar y romper la aguja hipodérmica, pero su padre fue más rápido y astuto, evitándolo. Aunque todavía forcejeó un rato, con mayor furia, si cabe, sus fuerzas fueron cediendo, sus jadeos terminaron en leves quejidos, y acabó por caer de bruces, totalmente inmóvil. Su padre la examinó, jadeante.

—Está dormida, Cummings —musitó, con un respiro de alivio—. La llevaré a su lecho. No entiendo lo que sucedió aquí esta noche, pero su estado no era normal. Y no responde a ninguno de los posibles síntomas de su dolencia…

Alzó la cabeza. Observó el silencio huraño de Cummings, el frío

escepticismo de su gesto al escucharle.

Y también algo más: los restantes vecinos de Hardfield llenaban ya el corredor, contemplando con una mezcla de inquietud y miedo el cuerpo inerte de la joven. La incredulidad y la acusación velada, asomaron con claridad a sus rostros. Luego, al trasladarla hacia su dormitorio, cuando pasó cerca de los presentes, éstos retrocedieron, atemorizados, como queriendo apartarse de cualquier posible roce con aquella muchacha inconsciente, que el médico llevaba en brazos.

—¿Qué les pasa? —masculló el médico—. Es Pamela, mi hija. Todos la conocen bien. Está enferma, eso es todo ¿Qué se les ha ocurrido pensar?

—No, nada… —musitó Jock Simpson roncamente. Cambió una mirada furtiva con los demás, e inició la retirada—. Vamos, amigos. Será bueno que visitemos a los Jacobs, ¿no os parece?

Hubo un murmullo de asentimiento general. Nadie miró al médico. Se retiraron lentamente, en silencio. Cummings se frotó el mentón, recuperó su escopeta, y siguió en pos de ellos, sin añadir comentario alguno. Estaba ya en la escalera, cuando el médico le interrogó:

—*Constable*, y usted… ¿usted qué piensa?

—No lo sé —confesó el policía con un suspiro—. Hay cosas que no están claras, doctor. Debo informar a Scotland Yard, al *coroner* del Condado… Será mejor que no toque nada de como está ahora. Yo nunca he creído en brujas. Pero he visto algo raro aquí, esta noche. Y…

Se ausentó, sin añadir más. El médico, cuando introdujo en su lecho a Pamela, reflejaba en su expresión una profunda inquietud. Y también un miedo irrefrenable a algo.

* * *

—Creo que es una medida precipitada, Paul.

—Es posible —convino con una sonrisa *sir* Galwin, sacudiendo su cabeza junto a la ventanilla del ferrocarril—. Pero me gustaría conocer ese lugar, es todo. A fin de cuentas, será como un apacible *week-end*, Donald.

—¿Apacible? ¿Con las noticias que ha transmitido esta mañana la BBC? —dudó Donald. Luego, le mostró un ejemplar del *Daily Mirror*, que ofrecía uno de sus espectaculares titulares de siempre:

¿BRUJERÍA EN HARDFIELD?
HORRIBLE CRIMEN SIN EXPLICACIÓN

—Sí, he observado todo eso. Y escuché la información del noticiario televisado de esta mañana —suspiró *sir* Paul Galwin, apaciblemente—. Quizá todo ello contribuye a hacer más necesaria esta excursión privada.

—Seguramente encontraremos a muchos policías en Hardfield. Scotland Yard ha sido requerido por las autoridades del Condado, para que se ocupen oficialmente de las investigaciones.

—Era de prever. El caso se escapa de los recursos provincianos, eso es indudable, amigo mío. Una cosa es investigar un robo, un fraude, un crimen rural o cosa parecida, y otra muy distinta enfrentarse a unos crímenes que parecen cometidos por un loco o un demonio… y en una población ya célebre, por su pasado de brujerías y supersticiones. Si añadimos a eso el hecho de que una bella muchacha enferma, hija de un médico, parece sospechosa de posesión demoníaca, o cuando menos de una enfermedad paranoica, que pudiera resultar altamente peligrosa para sus convecinos, si hemos de aceptar las dos versiones más generalizadas sobre la persona objeto de sospecha comprobarás, mi querido Donald, que el asunto se torna apasionante para un *cazador de misterios inexplicables* como yo.

—Creo que perderás tu tiempo, y me harás perder el mío —refunfuñó Donald—. Mañana hay un concierto en el Albert Hall realmente apasionante, con piezas de Sibelius, Bach y…

—Oh, por favor —rechazó *sir* Paul, riendo—. Hardfield es más sugestivo que todo eso: marismas, niebla, una comunidad supersticiosa… y súcubos infernales deambulando por la noche. ¿Qué más puede pedir un hombre como yo, Donald? De todos modos, sabes que puedes gozar cuando gustes de tu concierto en el Albert Hall, sólo con bajar en la inmediata estación y tomar el tren de regreso a Londres. Creo que vienes por tu propio gusto.

—Vete al diablo —refunfuñó, de mala gana, Donald Calver—.

Sabes de sobra que no podría quedarme en Londres, sabiendo que tú andas a la caza de brujas, demonios o… lo que sea, Paul. Me moriría de envidia si, realmente, volvieses a la City con un súcubo cogido por los pelos, y burlándote de mi escepticismo aburguesado.

—Eso es cierto. Conozco tus debilidades, Donald. Por eso te consulté, antes de partir.

—¿No hubiera sido mejor hacer el viaje en automóvil?

—Quizá más rápido, pero mucho menos clásico —rió *sir* Paul Galwin irónicamente, echándose atrás en el tapizado del compartimento de primera clase—. Esto me hace sentirme un poco como esos personajes del cine de terror o de la literatura gótica, cuando van hacia el castillo de turno, poblado de monstruos y espectros. El tren, el paisaje provinciano de nuestra incomparable Inglaterra… y un misterio sangriento en los pantanos. Ni Bram Stoker ni Conan Doyle, hubieran podido mejorar el escenario y sus aditamentos.

—No sé si realmente crees en esos misterios sobrenaturales que tanto te apasionan, o lo que eres, simplemente, Paul, es un gran bromista, que se burla de todo y de todos, empezando por ti mismo y por tus aficiones —dudó Calver, mirándole, pensativo.

—Ah, mi querido amigo, ése es mi gran enigma —confesó Paul, risueño—. Nunca sabrás si, de verdad, busco los fantasmas porque creo ciegamente en ellos… o me limito a buscar algo que sé positivamente que no existe.

Hubo un silencio. El tren rodaba hacia el Norte, hacia las regiones del Yorkshire, término de su viaje de aquel viernes nublado y triste, en el que ya habían dejado atrás los últimos arrabales londinenses, hacía bastante rato. Donald aventuró luego un comentario algo hosco:

—Pero esos crímenes, sí existen —declaró—. Y, por tanto, hay un criminal, sea de este mundo o de otro…

—Ah, eso sí —convino *sir* Paul Galwin, pensativo—. Cuando hay asesinatos, hay asesino. Y, evidentemente, no es un asesino vulgar. El caso parece realmente obra de un demente o de un ser de pesadilla. Y yo me pregunto: ¿tiene razón la gente, para creer en algo sobrenatural, o la tiene la policía, en tomar el caso rutinariamente?

—Tú te preguntas eso, Paul, pero… ¿qué te respondes a ti

mismo?

—Que quizá ambos estén equivocados… y existe una tercera forma de tratar el caso.

—¿Cuál?

—Justamente la que yo pienso utilizar.

SEGUNDA PARTE

EXORCISMO

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Sí, señora Harper? ¿Cómo dijo? Pero su hijo tiene una afección bronquial muy peligrosa, y sería suicida que usted dejase de administrarle un tratamiento médico adecuado… Pero, señora Harper, yo… Oh, entiendo. Sí, sí, está bien. Si es su voluntad…

Colgó. Ensombrecido, el doctor Treadwell frunció el ceño. Era la quinta llamada de aquel viernes. Y todas ellas habían encerrado una misma razón: suspender el tratamiento a uno de sus pacientes. Los Smithers, los Harper, los Lennox… Todos parecían súbitamente puestos de acuerdo en prescindir de sus servicios profesionales.

Apenas si había iniciado el regreso al comedor cuando, sin duda alguien que ya antes había estado intentando comunicar con él, lo logró finalmente. El teléfono repicó de nuevo. Treadwell giró la cabeza, lo miró con cansancio. Luego caminó hacia él.

Descolgó.

—Doctor Treadwell. ¿Quién llama?

—Soy yo, Hurd Baxter, doctor —sonó el fuerte vozarrón del granjero.

—Oh, Hurd, ¿qué tal? —Se animó su voz—. ¿Cómo sigue Mabel?

—Bueno, pues… parece que bien. Muy bien. Ha mejorado mucho últimamente, doctor. Por eso le llamaba.

—No debes impacientarte. Dije que pasaría a última hora. Puede que lo haga antes, de todos modos. No va a ser un día de mucho trabajo, y podré estar ahí con antelación, Hurd.

—Doctor, de ello quería hablarle… Mi… mi esposa se siente bien. Incluso quiere hacer un corto viaje a… a Leeds. A pasar el domingo, ¿sabe? Tenemos unos parientes, un amigo médico…

—¿A Leeds? ¿Viajar? Oh, Hurd, eso no. No es conveniente. Sería una imprudencia…

—Doctor, no insista. Ella lo ha decidido y es difícil disuadirla de

nada —se oyó toser, incómodo, al granjero Baxter—. Nos iremos a Leeds. Puede que se alargue la estancia. No venga a vernos hasta que telefonee yo mismo, ¿ha entendido?

—Sí —suspiró Treadwell, de repente—. Claro que he entendido, Hurd. Ahora sí.

—De veras no quisiera que se molestase, doctor, pero…

—No me molesto —se expresó con sequedad—. No eres el único en hablar así. Parece que todos mis pacientes os habéis puesto de acuerdo para prescindir de mis servicios hoy. Lo comprendo muy bien. Tal vez no me dé cuenta y esté oliendo a azufre cuando camino por ahí… Ello sería muy molesto, muy embarazoso para todos vosotros, Hurd.

Colgó con brusquedad, sin esperar a más. Se alejó rápidamente del teléfono. Estaba repicando de nuevo cuando llegó al comedor. Lo miró, sin prestarle atención, hasta que dejó de sonar. No esperaba que fuese nada urgente. Si realmente había una emergencia, estaba seguro de que llamarían antes al doctor Wilburn, de Middeland, que a él. Ahora empezaba a darse cuenta. El boicot era total. Todos los ciudadanos le rechazaban.

Glenn Treadwell se dejó caer pesadamente en un sillón del comedor. Miró al techo, con aire pensativo. Sonaban pasos en el piso alto. Luego, descendieron por la escalera. La señora Parrish apareció, momentos después. Su rostro afable, bajo los canosos cabellos, se quedó vuelto hacia él.

—¿Necesita algo más, doctor? —preguntó la mujer.

—¿Eh, cómo? —preguntó Treadwell, tras una pausa, completamente distraído.

—Le dije si quería algo más. Ya he terminado la tarea por hoy, doctor.

El médico la miró, reflexivo. Sarah Parrish no parecía, cuando menos, tan hostil como los demás. Aquella mujer llevaba años cuidando de ellos, desde que faltara su esposa. Era leal a la familia. Cuando menos, así lo creía él. Había venido, como siempre, a hacer su labor, pese a cuanto se pudiera murmurar en el pueblo. Eso ya significaba algo.

—No, gracias, señora Parrish —habló cansadamente el médico —. No hay nada más por hacer. ¿Ha entrado en la alcoba de Pamela?

—Sí, doctor —afirmó la mujer, con un suspiro—. Descansa apaciblemente, no se preocupe. Mi pobre niña…

No añadió más. Era lógico imaginar el resto. Ella debía haber oído cosas en el pueblo, pensó Treadwell amargamente. Le dirigió una mirada amable, afectuosa, y la despidió:

—En ese caso, no se moleste más, señora Parrish. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, doctor —la mujer parecía dispuesta a hablar algo más, pero finalmente se apretaron sus labios, y caminó hacia la salida. La puerta sonó tras ella. El médico se quedó solo, taciturno, sumido en su reflexivo silencio. Pero no por mucho tiempo.

Apenas si habían transcurrido diez o doce minutos de la ausencia de Sarah Parrish, cuando un estrépito de vidrios rotos sobresaltó al padre de Pamela. Se incorporó, alarmado. Dos cristales de la ventana se habían hecho añicos. Algunas piedras entraron violentamente en la casa. Se precipitó hacia allá, furioso, pero tuvo que hacerse a un lado cuando dos o tres nuevos guijarros penetraron, entre estallidos de vidrios, rozándole muy de cerca. Un jarrón de cerámica, sobre un estante, se hizo pedazos, alcanzado por el objeto arrojadizo.

Miró al exterior, los grupos de mozalbetes, de hombres y de mujeres, se hallaban al otro lado de la verja, mirando a la casa y dirigiendo improperios, insultos y ademanes amenazadores hacia ella. Algunos ostentaban en sus manos cruces toscas, de madera, que manejaban a guisa de arma protectora, como si se enfrentasen a hordas de vampiros. Otros, llevaban pequeñas horcas, con monigotes colgados de una soga. Aquellos monigotes representaban una figura de largas faldas negras, pelo largo, amarillo, simulando un tono rubio. Eran brujas ahorcadas. O pretendían serlo.

—¡El Señor nos proteja del Mal! —canturrearon algunas mujeres, como una letanía solemne y litúrgica—. ¡Que los malos espíritus huyan de Hardfield, y que aquellas que fueron poseídas por Satán sufran el exorcismo que purifique sus cuerpos y almas!

—¡Fuego purificador para las servidoras del Diablo! —aulló alguien.

—¡Pamela Treadwell, discípula de Lucifer! —sonó una voz potente—. ¡Que Dios se apiade de ti y, ya que no tu cuerpo pecador y obsceno, salve cuando menos tu alma!

—¡Prended y quemad a la bruja! —chillaron los niños, con

muecas lamentables.

—Dios mío, no es posible —el doctor se pasó una mano temblorosa por el rostro—. Es demasiado atroz, como una pesadilla. Estas cosas no pueden suceder…

Nuevas piedras hendieron el aire, golpeando las paredes de ladrillo o quebrando vidrios en las ventanas. Furioso, el médico se precipitó sobre una panoplia, tomó una escopeta de caza, abrió un cajón, tomando un puñado de cartuchos, y puso dos de ellos en el arma. Asomó por una de las ventanas dañadas, hizo salir por un boquete el doble cañón, y disparó sin contemplaciones, aunque apuntando alto. Dos de las cruces de madera se partieron, y un monigote colgado saltó junto con cuerda y horca, al ser alcanzado por la bocanada de perdigones. El estampido del arma hizo retroceder a los asaltantes, con repentino temor.

—¡Estúpidos e ignorantes supersticiosos! —aulló el médico—. ¡Volved a vuestras casas, y no sigáis demostrando vuestra ruindad y cobardía! ¡Pamela está enferma, y ni siquiera tenéis espíritu cristiano para rechazar burdas patrañas y respetar el dolor ajeno!

—¡Mientes, doctor! —chilló alguien—. ¡Tu hija está endemoniada, y hará falta todo el poder del Señor y de sus siervos más fieles para el exorcismo que salve su alma! ¡Admite la verdad, antes de que tú mismo te condenes!

—¡Llamad a los Jacobs! —añadió otra voz—. ¡Llamadles para que hagan el exorcismo que libere a Pamela Treadwell del demonio que la posee!

Nuevos guijarros se dirigieron hacia el doctor, que sintió en el rostro el impacto de uno de ellos. Se llevó la mano a la mejilla, retirándola manchada de sangre. Irritado, hizo un segundo disparo, que lanzó los perdigones contra las verjas. Alguien resultó herido en una mano, y otro escapó a la carrera, con el pantalón hecho una criba, cojeando ostensiblemente. El médico hubiera continuado defendiéndose a la desesperada de aquellos asaltantes, si de repente no hubiera sonado un silbato, y la presencia del *constable* Cummings, porra en ristre, no hubiera dispersado a la multitud, que se alejó por los prados cercanos a los pantanos, gritando anatemas contra Pamela Treadwell.

El policía se quedó junto a la puerta del jardín, mirando, irritado, a los que huían. El doctor se reunió con él, momentos

después. Ambos cambiaron una mirada. Luego, los ojos de Cummings se dirigieron a algo colgado de los hierros de la puerta. El médico lo descubrió entonces, y se encaminó a examinarlo. Era un cartel escrito con tinta roja, como si fuese sangre, a grandes pinceladas, desiguales y violentas. Su texto era infamante y ruin:

¡EXORCISMO PARA LA BRUJA RUBIA!
¡JUSTICIA PARA LOS ASESINATOS COMETIDOS POR PAMELA TREADWELL, AL SERVICIO DE SU SEÑOR SATANÁS!

Furioso, el médico tomó el cartón entre sus manos, haciéndolo pedazos. Cummings le dejó obrar, sin comentario alguno. Cuando el padre de Pamela hubo arrojado los trozos de cartón a tierra, habló calmosamente:

—No resuelve nada con eso, doctor. Rompe un cartel vergonzoso, pero no logra ahogar las voces, las murmuraciones, la calumnia que recorre de boca en boca el lugar…

—Y usted, *constable*, ¿qué hace usted, como autoridad que es aquí? —le reprochó Treadwell.

—Lo que puedo, doctor. No sé quién mató a Gregson y a esa chica, Helen McCullen, ni por qué. Pero estoy buscando al culpable. Admito que la gente se precipita, pero hay sospechas concretas sobre su hija, y usted lo sabe. Existen dos circunstancias iguales: en los dos asesinatos, el criminal fue perseguido hasta su casa, y entró en ella, dejando claras huellas de tal hecho. Yo vi a su hija con el cabello mojado, cuando mataron a Gregson. Esta vez la cosa fue mucho peor. La crisis de Pamela, ¿tiene explicación verosímil?

—Pamela fue siempre una chica nerviosa, impresionable —suspiró el doctor—. La muerte de su madre la dejó aún más abatida, y ahora sufre frecuentes crisis. Médicamente, Cummings, una neurosis ofrece numerosas variantes. Aunque debo admitir que, últimamente, ha empeorado mucho, pese al tratamiento que la hago seguir, y eso no lo entiendo muy bien.

—Doctor, yo no soy de los que creen en brujerías ni endemoniados —avisó Cummings—. Pero no puedo evitar que los demás lo crean. En todo caso, le advierto solamente de que su hija Pamela tendrá que explicarnos de algún modo su comportamiento.

—Cummings, usted no puede pensar que ella sea culpable de

nada semejante…

—No acuso a nadie. Sólo pido que me ayude para intentar evitar que el clamor popular crezca y se haga peligroso. La gente supersticiosa acostumbra a reaccionar de modo imprevisible, y ello me preocupa. Claro que mañana tendremos aquí a unos agentes especiales del Yard, y ello tal vez frene un poco los ímpetus populares. De todos modos, si quiere que le dé un buen consejo… yo trasladaría a su hija a un sanatorio o clínica del Condado, bajo discreta vigilancia médica y policial, tanto para protegerla de todo riesgo como para demostrar que nada tiene que ver con los sangrientos sucesos de estos días.

—Eso significaría, en cierto modo, y pese a todos sus eufemismos, *constable*… una especie de internamiento vigilado, un modo de arresto preventivo, ¿no es cierto?

—Puede llamarlo como guste, doctor —habló con cierta sequedad el policía local—. Pero de otro modo, no respondo de su seguridad ni de la de su hija. He oído comentarios nada agradables. Los Jacobs están echando mucha leña al fuego. Ya conoce a Luther y a su hermana Melania… Viven fanatizados por el recuerdo de sus antecesores y del pasado, como si este siglo no fuera con ellos. La gente les respeta y les cree. Si no pone a su hija bajo la custodia policial, me temo que los Jacobs intenten…

—¿Los Jacobs? —Una risa malévola escapó entre los labios del médico—. Hablando del diablo, éste se aparece, podríamos decir, para ir acordes con el clima que se respira en este maldito lugar, Cummings. Vea: ellos mismos vienen hacia acá…

Cummings giró la cabeza con gesto de disgusto. Era cierto. Un desvencijado automóvil descapotable se aproximaba a ellos, por el blando sendero pantanoso. Rodó luego sobre el césped, hasta detenerse ante la vivienda de los Treadwell.

El médico y el policía observaron que, en la parte delantera del coche, colgaba un lienzo color púrpura, con una cruz y una inscripción religiosa. Melania Jacobs, altiva y fría, clavaba sus ojos en el edificio, como si la casa del médico fuese la morada misma de Lucifer. Jacobs se persignó al frenar el vehículo y avisó con voz potente y clara:

—Doctor Treadwell, mi visita es amistosa y cordial. Sólo el bien puede venir con nosotros dos en este momento, para salvar a las

almas buenas y honestas de la tentación maligna del Enemigo. Nosotros, los Jacobs, exorcistas, como hijos, nietos y biznietos de exorcistas, con el alma limpia y la honradez por guía de nuestra fuerza celestial, venimos para rescatar el alma de su hija, recuperándola para la luz. Ella no es responsable de sus actos, porque algo infernal la posee y arrastra al mal, y como tal, ninguna humana Justicia puede condenarla por aquello de lo que no fue culpable moral ni voluntaria. Nosotros, doctor…

—Ustedes, Jacobs, van a irse inmediatamente, antes de que mi corta paciencia se agote y termine todos los exorcismos a tiro limpio —se exaltó el médico, apartando a Cummings cuando éste intentó apaciguarle—. ¡Vamos, largo de aquí! ¿Me han oído los dos, malditos pajarracos de mal agüero? ¡Fuera de aquí, o no respondo de mí, hatajo de hipócritas!

Y parecía realmente dispuesto a poner dos nuevos cartuchos en su escopeta. Ello convenció a Luther y a su hermana de que era más saludable para ellos salir apresuradamente de allí. Dieron vuelta al coche y se alejaron, mientras ella, alzando una mano enfática, encorvada como la garra de un buitre, gritaba, estentórea:

—¡El Mal se hizo presente, y las tinieblas reinan en el mundo del pecado! ¡Sangre y dolor pesan sobre las almas de los poseídos por el Diablo! ¡Pobre de ti, doctor, y de tu desgraciada hija, fiel sierva de los poderes infernales!

—Cálmese, doctor —silabeó el policía—. Eso es sólo una muestra de lo que está sucediendo en Hardfield y de lo que puede suceder en el plazo de pocas horas. La situación se hace difícil. Si hubiese un intento de linchamiento, no sé si podría evitarlo yo solo, antes de que lleguen los hombres de Londres. Gail, la doncella de los Jacobs, con la que me une una cierta amistad, me ha avisado esta mañana sobre lo que hablan entre sí sus amos, y no es nada tranquilizador. Opinan que si los exorcismos fracasan y Pamela no se ve liberada del diablo que la posee, según ellos, sólo la hoguera permitiría salvar su alma.

—¡Eso es monstruoso, Cummings! ¡Sería un crimen abominable! ¡No estamos en la Edad Media, ni mi hija es culpable de cosa alguna!

—Lo sé, doctor. Pero la gente seguirá a los Jacobs. Tienen autoridad sobre el pueblo, y la superstición popular hace el resto.

Créame: lo mejor es poner a salvo a Pamela, internándola en una clínica, con vigilancia policial, como le dije antes.

—Está bien —cedió amargamente el médico—. Hágalo, Cummings, ¿quién cuidará de ella, si sólo tenemos aquí un policía, que es usted?

—Debemos esperar a mañana, doctor.

—¿Y esta noche, entre tanto?

—Me quedaré aquí, de guardia. Sólo confío en McMillan, el dueño del hotel, para que sea como una especie de agente provisional mío, hasta que lleguen los agentes de Londres. Voy al pueblo, le haré jurar el cargo, y volveré a reunirme con usted.

—Está bien, Cummings —ensombrecido el gesto, el doctor miró a la casa. Había una nota de tristeza en su voz, cuando indagó—: Virtualmente… y de un modo oficioso… debo considerar que mi hija Pamela está… está bajo custodia policial, ¿no es cierto, Cummings?

El *constable* bajó la cabeza, asintiendo muy despacio.

—Sí, doctor. Lo siento, pero… en cierto modo, debe considerarlo así. Es lo mejor.

CAPÍTULO II

—Midland Inn —leyó calmosamente *sir* Paul Galwin en las letras góticas del cartelón metálico, chirriante, que colgaba como muestra del establecimiento—. El único alojamiento hotelero de Hardfield. De modo que no hay elección posible, amigo mío.

Y empujó las puertas encristaladas, emplomadas y de vivos colores, del hotel local, ante el que ambos viajeros se habían detenido, en la calle principal que partía en dos el alargado trazado urbano de Hardfield.

Entraron en el amplio vestíbulo, inmediato a un comedor rústico, de suelo y muros de madera, artesonado techo de vigas, y numerosos cuadros de cacería, salpicados acá y allá por grabados y litografías típicamente británicas.

La recepción aparecía desierta, y frente a ellos, una amplia escalera, de madera bien pulida y encerada, subía a la planta alta. Del comedor, dos mujeres salían, charlando animadamente entre sí. Una de ellas era recia, canosa, de rostro saludable y risueño, e iba cargada con una cesta repleta de hortalizas. La otra, joven y morena, era esbelta, de figura cimbreante y curvas sensuales. Sus grandes ojos oscuros se fijaron en ellos con leve curiosidad. Muy especialmente, en la figura alta y arrogante del joven *sir* Paul, a quien estudió con ostensible agrado. Una leve sonrisa curvó sus labios carnosos.

—Buenas noches —saludó *sir* Paul Galwin cortésmente—. Mi amigo y yo queremos habitaciones para alojarnos aquí esta noche…

—Oh, lo siento. No somos nosotras las encargadas de ello —dijo jovialmente la mujer de más edad, sacudiendo su canosa cabeza—. Esta joven es Gail Hopkins, la doncella de los Jacobs. Y yo me llamo Sarah Parrish. Espere, señor. Karin no puede andar lejos…

—Yo la llamaré —dijo Gail Hopkins, solícita. Y subió rápidamente las escaleras. Su falda no era tan corta como la de las

muchachas londinenses, pero su propia rapidez al correr, y lo empinado de la escalera, permitió que *sir* Paul y Donald admirasen sin dificultad lo bien torneado de sus pantorrillas, broncíneas y levemente musculosas, como buena moza de provincias. Su voz sonó arriba—: ¡Señora McMillan, señora McMillan! Hay huéspedes abajo…

Esperaron los dos amigos, mientras la señora Parrish desaparecía por una puerta que conducía a las dependencias de servicio del albergue. No tuvieron que hacerlo largo tiempo. Unos momentos más tarde regresaba Gail Hopkins con una dama rubia, regordeta y amable, de sonrosadas mejillas y ojos muy azules, que se presentó con fuerte acento escocés:

—Buenas noches, caballeros. Soy Karin McMillan, la propietaria del hotel. Me ocuparé de alojarles inmediatamente. Perdonen mi ausencia, pero mi esposo tiene hoy un trabajo muy especial, como ayudante de la policía local con carácter provisional, de emergencia, y debo multiplicarme en mis ocupaciones habituales. En seguida estarán acomodados.

—No tenemos mucha prisa —sonrió *sir* Paul—. Antes, preferiríamos cenar algo.

—Eso estará arreglado en seguida —suspiró la dama, pasando detrás del pequeño mostrador de recepción, y tomando dos llaves de los casilleros—. Habitaciones once y doce, señores.

Gail Hopkins, la doncella de los Jacobs, como dijera la señora Parrish, descendía ya de la planta alta, siempre con su mirada insinuante fija en *sir* Paul. Era obvio que no abundaba en Hardfield, ni en todo el Condado una clase de hombres como aquél. Su arrogancia, su elegante figura, su atavío, su aristocrático porte y su viril atractivo, formaban un irresistible imán para las mujeres. Donald Calver sonrió disimuladamente al advertir algo a lo que ya estaba habituado, incluso en Londres.

—Yo me marcho, señora —dijo la doncella a la dueña del hotel —. Con las cosas que ahora suceden aquí, mis patrones están bastante nerviosos. Habrán regresado ya de la Junta Ciudadana de urgencia, y no quiero pagar sus iras…

—Sí, Gail, muchacha, vete ya —asintió la hostelera, saliendo de recepción con las llaves para acompañar a sus huéspedes—. Luther y Melania posiblemente estén demasiado ocupados con sus

exorcismos, pero vale más que no les irrites.

—¿Exorcismos? —preguntó ingenuamente Paul, enarcando las cejas—. ¿Hay brujas, acaso?

Las dos mujeres se miraron, incómodas. Gail, caminando hacia la salida, manifestó enigmáticamente, con un encogimiento de hombros, mientras procuraba cimbrear provocativamente sus nalgas y caderas a la vista de *sir* Paul:

—Personalmente, no creo en ello. Pero todo Hardfield parece haberse vuelto loco hoy, señores. No visitan en buen momento nuestra población, créanme. Dicen que el diablo anda suelto por aquí…

Se cerró tras la joven morena la puerta vidriera del albergue. *Sir* Paul, siempre aparentando total ignorancia del asunto, se volvió hacia la patrona, mientras subían la escalera.

—¿Qué quiso decir esa muchacha, señora McMillan?

—Oh, ya se enterarán mañana con detalle —suspiró ella con disgusto—. Lo cierto es que por culpa de todo eso tengo que permanecer sola en casa esta noche, y mi esposo ocupar el puesto del *constable* Cummings en la oficina de policía de Hardfield, provisionalmente.

—¿No es policía su esposo?

—No, claro que no. Pero el *constable* confía en su honradez y buen juicio, y le ha nombrado colaborador suyo por unas horas, en tanto llegan los agentes de Londres. El *constable* Cummings tiene que cuidar esta noche de la custodia de una joven sospechosa de dos horribles asesinatos y, lo que es peor… acusada de brujería.

—¡Brujería! —El asombro de *sir* Paul estuvo muy bien fingido. Incluso cambió con su amigo una mirada de estupor que parecía auténtica—. ¿Oíste eso, Donald? ¡Brujerías en nuestros días, en plena Era Atómica! Si no lo dijera usted tan seriamente, creería que se está burlando.

—Le aseguro que nada más lejos de mi ánimo, caballero —ella se detuvo arriba, mirándole con fijeza—. Lo cierto es que así están las cosas. Yo no sé ya qué creer, porque al principio todo esto me pareció ridículo, una simple obsesión de los hermanos Jacobs, que viven todavía pensando en prejuicios de otros tiempos. Pero eso de que la chica fuese vista en pleno trance, que tuvieran que reducirla a viva fuerza, y que su padre, siendo médico, no sepa explicar lo

que ella tiene… me da mala espina… Además, en ambos casos, los testigos vieron huir a la persona que cometió el crimen, y la siguieron justo hasta la casa del doctor Treadwell. ¿Qué pensarían ustedes ante tal cúmulo de circunstancias acusadoras, especialmente cuando el propio *constable* Cummings es uno de esos testigos?

—Ciertamente, parece todo relacionarse con esa joven. ¿Dice que es hija de un médico?

—El pobre doctor Treadwell. Un hombre honesto y noble como pocos. Debe estar sufriendo mucho. La propia Pamela, su hija, es encantadora, muy atractiva, muy inteligente y buena… No puede ser cosa de ella, estoy segura. Me inclino por lo que todos afirman: está poseída.

—¿Poseída… por el diablo? —interrogó suavemente *sir* Paul, enarcando las cejas.

—Pues… sí —afirmó la señora McMillan enérgicamente, clavando en él sus azules ojos—. Sé que suena ridículo en nuestros días, pero… eso es lo que explica cuanto sucede aquí; por fantástico que le parezca. Bien, caballeros. Éstas son sus habitaciones.

* * *

El teléfono sonó en la casa, con extraña intensidad. Tal vez el silencio, por contraste, lo hizo más estridente, hasta el punto de sobresaltar al *constable*. Cummings pegó un respingo y se incorporó, caminando hacia el aparato. El doctor Treadwell ni siquiera hacía acción de descolgarlo.

—¿Sí? —preguntó el policía—. Casa del doctor Treadwell, ¿quién llama?

—Soy yo, *constable* —sonó una fuerte voz escocesa—. McMillan.

—Ah, Hugh. ¿Qué tal las cosas? —indagó el policía, preocupado —. ¿Alguna novedad?

—No muchas, por el momento. Los Jacobs han organizado una junta especial de convecinos. No he logrado saber lo que se acordó, pero las gentes se han retirado a sus domicilios, y no hubo violencias ni manifestaciones. Sin embargo, eso no me gusta.

—Sí, entiendo —Cummings frunció el ceño—. Bien, estaremos alerta, eso es todo.

—Conforme. Por otro lado, hay forasteros en Hardfield esta noche.

—¿Forasteros? —Se sorprendió el policía.

—Llegaron en el tren de Londres. Mi esposa me ha telefoneado para informarme de ello. Se alojan en mi hotel. Son dos hombres de aspecto elegante, en especial uno de ellos, muy alto, de porte aristocrático. Y, por cierto, creo que lo es. Aristócrata, quiero decir.

—¿Sabe sus nombres?

—Sí. Donald Calver, escritor de profesión. Y *sir* Paul Galwin.

—*Sir* Paul… —Cummings hizo un gesto de extrañeza. Recordó en seguida—. Entiendo, Hugh. ¿Esos caballeros están ahora en el hotel?

—Eso parece. ¿Quiere que averigüe algo más sobre ellos?

—No, no. No es necesario, Hugh. Gracias por el informe. Si preciso algo, le avisaré. Pero no deje de llamarme si se entera de algo relacionado con los Jacobs y su reunión de hoy, así como si llega a saber que esos forasteros hacen pesquisas por ahí.

—Conforme, *constable*.

Colgó, pensativo. Se rascó los cabellos, bajo su casco de uniforme.

—*Sir* Paul Galwin… —musitó—. Cazador de seres sobrenaturales e investigador de misterios del otro mundo… De modo que al final se decidió a venir personalmente a Hardfield.

Regresó a su asiento, para seguir hojeando una revista médica que no le interesaba demasiado pero que cuando menos, mataba el tedio de una larga noche de vigilia. Observó, de soslayo, que el doctor Treadwell continuaba en su despacho de trabajo, como absorto en algo que dominaba totalmente sus pensamientos. Sacudió la cabeza, preocupado. Miró arriba, al artesonado del techo, que le separaba de la habitación donde Pamela dormía profundamente bajo la acción de los sedantes administrados por su padre.

Aún no se había llegado a sentar, cuando sonó el campanilleo de la puerta. Cummings se irguió, tenso. No le gustaba que llegasen visitas en esta noche, pero debía recordar que aquélla era la casa de un médico y eso formaba parte de lo habitual. Caminó hacia la puerta, precavido. Abrió la mirilla, observando el exterior, desconfiadamente.

—Buenas noches —saludó—. ¿Qué hace usted por aquí a estas horas, señora Parrish?

La asistenta de los Treadwell contempló fijamente al policía, desde el porche.

—Déjeme pasar, *constable* —pidió—. Vengo a hacer un poco de compañía a los señores. El doctor me necesitará esta noche, estoy segura. Si no le hago un café o le preparo algo, se pasará las horas despierto, sin tomar nada.

—Señora Parrish, ¿no tiene miedo a entrar en esta casa ahora? —Se sorprendió Cummings.

—¿Miedo, yo? —suspiró la mujer, apaciblemente—. *Constable*, conozco a Pamela desde hace el tiempo suficiente para no temer nada de esa pobre criatura. Ahora está enferma, y eso es todo. No creo en paparruchas de esas que corren por el pueblo. Y usted no debería aceptarlas, siendo, como es, el representante de la ley en Hardfield.

—Yo no acepto nada, señora —cortó Cummings secamente, escoltándola al interior de la vivienda—. Estoy aquí porque dos personas han sido asesinadas en el transcurso de breves días, y las huellas del asesino condujeron directamente a esta casa, no lo olvide.

—¿Y cree que la infortunada Pamela haría una cosa así? —Se sorprendió la señora Parrish.

—No creo nada. No acuso a nadie. Sencillamente, custodio a la hija del doctor, como una simple medida precautoria. Mañana, los hombres de Scotland Yard decidirán por mí.

—¿Scotland Yard? —resopló la señora Parrish, encogiéndose de hombros—. Creí, por un momento, esta noche, que ya estaban aquí. Esos caballeros del hotel de McMillan parecen tan distintos a los que viven aquí. Pensé si serían investigadores especiales…

—¿Investigadores especiales? —Cummings sonrió—. Bueno, en cierto modo tal vez lo sean, señora Parrish. Vea, ahí tiene al doctor. No se ha movido de esa posición en horas, salvo para subir a ver a su hija. Está pasando un trance muy duro.

—Pobre señor… —la asistenta movió la cabeza compasivamente —. ¿Sabe una cosa, *constable*? Yo que usted, estaría muy alerta hoy. He oído rumores en el pueblo…

—¿Rumores?

—Esa asamblea de hoy, convocada por los Jacobs, ya sabe… Algo se ha tramado en ella. Gail, la chica de los Jacobs, está segura de que no se resignan a esperar a Scotland Yard.

—¿Qué pueden pretender hacer? —Se irritó Cummings—. Yo soy la ley.

—Oh, *constable*, ya sabe como es Luther. Y su hermana Melania… Viven obsesionados con eso de la brujería, los diablos y todo ello… Van a hacer su exorcismo, pese a quien pese, estoy segura. Serán capaces de pedir autorización a la Reina o al Arzobispado de Canterbury, si hace falta. Pero lo harán.

—Pueden intentar lo que quieran… en mi presencia, y sin violencias ni molestias para nadie. Es todo lo que permitiré, señora Parrish, les autoricen o no las autoridades eclesiásticas y los propios magistrados de la Justicia británica.

—¿Ha visto alguna vez un exorcismo, *constable*? —indagó la señora Parrish curiosamente.

—No, Dios me libre —Cummings la miró, preocupado—. ¿Por qué lo pregunta?

—En ese caso ignora lo que es. Creo que el doctor Treadwell no lo soportaría. Y si la pobre Pamela es inocente de tales monstruosidades, como supongo, tampoco podría soportarlo. A veces, los exorcistas llegan a la tortura moral y física, con el pretexto de expulsar del cuerpo humano a sus pretendidos seres infernales.

—Nadie va a torturarla, aunque fuese culpable —cortó el policía secamente—. Esté segura de ello, señora Parrish. Este asunto compete a la policía y, como máximo, a los tribunales de Justicia, no a los exorcistas ni a los *cazadores de brujas*.

—Ojalá sea así —suspiró la mujer, encaminándose al despacho del médico, para ayudarle—. Pero me temo que algo siniestro va a caer sobre nosotros, no tardando mucho. Algo que ni usted, ni la Justicia toda, podrá combatir, *constable*…

El policía se quedó mirando a la mujer con preocupación. No comentó nada, regresando a su lectura. Pero dejó la publicación y, de repente, tomó una decisión súbita. Se incorporó, caminando hacia el teléfono. Lo descolgó, llamando a la centralita local. Pidió el número del Midland Inn. Cuando la señora McMillan se puso al aparato, pidió hablar con *sir* Paul Galwin. Un instante después la

voz del joven londinense, sonaba en los oídos de Cummings:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Yo —dijo él—. *Constable* Cummings, de la policía de Hardfield.

* * *

—Es una sorpresa, *constable* —sonrió Paul, guiñando un ojo a su amigo Donald—. ¿Qué le hizo llamarme, y cómo supo que yo estaba aquí?

—Hardfield es un pueblo, *sir* Paul. En estos sitios las noticias corren como la pólvora, y un forastero siempre es una novedad. En cuanto a mi llamada, creo que sabe perfectamente el motivo.

—Sí, creo que sí. ¿Pamela Treadwell?

—Pamela Treadwell, en efecto. Veo que está bien informado de los detalles.

—He leído los diarios. Y he hablado con personas de esta localidad. Es suficiente.

—Supongo que no ha venido por casualidad, ni para hacer turismo.

—Posiblemente suponga usted bien, *constable*.

—¿Quiere venir y conocer a Pamela Treadwell, examinarla por sí mismo?

—Sería muy interesante hacerlo, la verdad —Paul enarcó las cejas—. Creo que está sometida a custodia policial. ¿Me autorizaría a mí a tal cosa?

—¿Por qué no? Sé cuál es su afición, *sir* Paul. He leído el *Quién es quién*.

—Oh, no debió hacerlo. No me hacen estricta justicia. Me dedicaron poco espacio.

—Su presencia aquí me confirma mi idea sobre sus aficiones, *sir* Paul. Puede venir cuando guste. Le espero. Supongo que, entre sus especialidades, no figurará el exorcismo…

—No, desde luego —rió Galwin—. No me dedico a sacar malos espíritus del cuerpo de nadie, sino… a cazarlos, estén donde estén. Y no siempre son malos espíritus… sino algo bastante más tangible. De todos modos, he examinado atentamente este caso, *constable*, y

me temo que no todo sea natural en él. Existe algo, un factor anormal…

—¿Sobrenatural?

—No lo sé. Pero fuera de lo corriente, algo que no es razonable ni tiene explicación realista. Tal vez me equivoque, pero… En fin, *constable*. Gracias por su invitación.

CAPÍTULO III

Pamela dormía. Dormía, como lo estaba haciendo durante todo el día y la noche.

Sir Paul Galwin la contempló largamente, en silencio. Se acercó, alzando sus párpados. Examinó sus pupilas atentamente. Luego, se apartó del lecho. Estudió la serena belleza rubia de la joven, durante su reposo. Cummings acababa de contarle cómo la redujeron entre él y su padre, y el relato resultaba inverosímil, contemplándola a ella.

—¿Qué dice el doctor Treadwell de todo esto? —interrogó de repente Paul.

—Nada. Nunca dice nada. Afirma que está enferma de los nervios, que sufre crisis… Es todo. Niega que sea violenta ni agresiva. No se explica su actitud final.

—¿Le ha practicado algún análisis, un examen a fondo tal vez? —inquirió de pronto Galwin, sin desviar sus ojos de aquel rostro pálido, bello y delicado.

—¿Análisis? No, no creo —movió negativamente la cabeza el policía. Miró a *sir* Paul—. Es su padre, y es médico. Supongo que no lo habrá creído preciso…

—Tal vez supuso mal. Dígaselo usted, Cummings —*sir* Paul hurgó en su bolsillo, para terminar extrayendo de él un estuche negro, de piel, plano y rectangular—. Pero no le diga que yo me anticipé por mi cuenta.

—Espere —se alarmó el policía—. ¿Qué va a hacer?

Sir Paul no dijo nada. Abrió la caja extrayendo una aguja especial y una jeringuilla. También había alcohol, algodón y esparadrapo. Rápido, inyectó a la joven dormida. Extrajo su sangre, hasta mediar la jeringuilla. El *constable* se mostró escandalizado.

—Si el doctor se entera de esto… —comentó.

—No tiene por qué enterarse —suspiró Paul, guardando la

muestra de sangre en el estuche, y cerrando éste herméticamente—. Voy a hacer un análisis a mi modo, *constable*. Hay algo que me preocupa: si esta joven es inocente, si no está poseída por nadie ultraterreno, ¿qué le sucede y por qué reacciona así?

—¿Espera hallar una respuesta en su sangre? —Dudó Cummings.

—No lo sé. Quizá. Cuando menos, es algo sobre lo cual trabajar… —salieron del dormitorio, tras una nueva mirada pensativa del joven aristócrata a la muchacha. Luego, mientras caminaban por el corredor, *sir* Paul comentó inesperadamente—: Es hermosa. Creo que tiene que ser también muy femenina y muy delicada. Será fácil enamorarse de una muchacha así.

—Es lástima que esté enferma, *sir* Paul. Especialmente, ahora, bajo esa crisis terrible.

—¿Hace mucho tiempo que enfermó? —Quiso saber el aristócrata.

—Siempre fue muy sensible y nerviosa —explicó Cummings, bajando la escalera, pensativo, junto a su visitante de Londres—. Pero solamente padecía breves crisis depresivas.

—¿Sale poco de casa?

—Muy poco. Antes sí se le veía frecuentemente por el pueblo. Pero lleva al menos tres meses sin salir de aquí. Y los últimos días, sin moverse del lecho…

—Es decir, que va empeorando progresivamente —medió *sir* Paul.

—Sí, eso parece. Su padre la da un tratamiento, pero ella no parece responder a él.

—¿No le sorprende ello al doctor Treadwell, siendo médico?

—Bueno, él es sólo un buen médico rural, no un especialista. Quizá un neurólogo o un psiquiatra, en Londres… Pero aquí no es fácil que se cure.

—Eso debió imaginarlo su padre. Descuidar tanto a una hija es impropio de un médico.

—Creo que la muerte de su esposa dejó al doctor un poco alejado de lo que le rodea. Incluso de su hija. Se ha hecho, evidentemente, a la idea de que Pamela no puede mejorar, y se deja llevar por el fatalismo. Quizá porque su madre también enfermó, y murió.

—¿De qué murió?

—Según el doctor Treadwell, de un tumor canceroso. Un mal incurable.

—¿Dónde tenía ese tumor?

—En el cerebro —suspiró Cummings—. Cáncer cerebral, *sir* Paul.

—Ya —el aristócrata llegó a la salida. Meneó la cabeza, pensativo—. Creo que empiezo a entender al doctor. Teme que ella padezca algo parecido. Es él quien sufre una psicosis. Y no se atreve a confirmar sus temores. No quiere saber, prefiere cerrar sus ojos.

—¿Y usted, *sir* Paul? ¿Supone que Pamela heredó ese mal? Muchos afirman que los tumores son hereditarios…

—No sé si lo son o no, pero puestos en la duda, valdría más que tuviera dentro un espíritu infernal que un tumor de esa clase —dijo fríamente *sir* Paul—. Cuando menos, a los demonios se les extirpa por exorcismo, y al cáncer, no. Me gustaría hablar con los exorcistas de Hardfield, la verdad.

* * *

El azar le había complacido. O quizá no tenía nada de azar.

—Yo soy Luther Jacobs, señor —había dicho el hombre—. Exorcista.

Sir Paul contempló, pensativamente, al hombre a quien encontraba en el hotel, esperándole, ante la mirada divertida y algo hosca de su amigo Donald.

Luther Jacobs no era hombre agradable ni simpático a primera vista. Tratándole más a fondo, esa sensación inicial se hacía aún más acentuada. *Sir* Paul le invitó a sentarse.

—Bien, señor Jacobs —habló, despacio—. ¿Es ésa su profesión, la de exorcista?

—Oh, no —sonrió maliciosamente el hombre, sacudiendo la cabeza—. Soy bibliotecario. Y poseo ciertas rentas. El exorcismo es mi gran pasión. Mi vocación viene de familia.

—Lo sé. He leído algo sobre la historia de Hardfield. Hubo unos Jacobs que cazaban brujas en el pasado.

—Lo dice despectivamente, *sir* Paul —replicó acremente Luther —. Todo el mundo habla con desprecio de lo que llaman

burlonamente *caza de brujas*. Ese escepticismo hace mucho daño al mundo, que permite que el Mal viva entre ellos, sin hacer nada por extirparlo.

—¿Usted puede extirpar el Mal, en cualquiera de sus formas, señor Jacobs?

—Sé que no le cree, pero… sí. Puedo hacerlo —afirmó con orgullo él—. Mi hermana Melania y yo, lo hacemos, si se nos permite ayudar a las gentes buenas y honestas.

—Señor Jacobs, ¿por qué ha venido a verme? Que yo sepa, nunca nos vimos antes…

—*Sir* Paul, yo también he leído. Sobre usted, quiero decir. Sé quién es *sir* Paul Galwin. No creo en sus métodos científicos y deductivos, de un Sherlock Holmes espiritualista, pero le respeto. En estos sitios pequeños, se comadrea mucho. Incluso se escuchan conversaciones telefónicas… Ya sabe: las telefonistas son mujeres. Y provincianas, claro.

—Entiendo. Han controlado mis llamadas telefónicas —dijo secamente Paul.

—Bueno, no es ésa la palabra. Sencillamente, escucharon… —Luther Jacobs le miró con malevolencia—. Todo forastero intriga a la gente. Así me enteré de quién era usted… y de dónde estuvo esta noche.

—¿También sabe eso? —Galwin clavaba sus fríos ojos en el exorcista.

—*Sir* Paul, está todo bien claro: deje este asunto. No se preocupe de Pamela Treadwell. Es asunto nuestro. De Melania y mío, ¿entiende? Sólo el exorcismo puede salvar su alma desdichada. Está poseída por el diablo; es malvada y cruel, y sus fuerzas se centuplican porque no hay nada humano dentro de ella… Debemos hacer el exorcismo, quiera la ley o no. Y así se hará. Hemos tomado una decisión. Mañana mismo, Pamela Treadwell será salvada. Su espíritu quedará liberado. Y si su cuerpo no puede salvarse… ¡será destruido!

—Si repite eso ante un juez, le encerrarán por intento de asesinato, señor Jacobs.

—Si fuera preciso, pagaría esa culpa ante los jueces —manifestó altivamente Luther—. Otro Juez más alto perdonaría mi acción y la comprendería.

—Dios no perdona el crimen ni comprende el fanatismo estúpido —el tono de *sir* Paul se hizo agresivo—. Señor Jacobs, no sé la clase de individuo que usted pueda ser, pero veo algo morboso y ruin en su actitud.

—¡*Sir* Paul, me está ofendiendo gravemente!

—Le seguiré ofendiendo mientras esté aquí molestándome con su presencia —silabeó Galwin con rudeza—. No sé si es usted un fanático, un obseso o algo peor. Pamela Treadwell es joven y hermosa, y usted es un solterón puritano y reprimido. ¿No será ésa la razón de su odio hacia la joven? ¿No será cierto que sus represiones le empujan a destruir a quien le ha despreciado de alguna forma, señor Jacobs, pretextando exorcismos fuera de lugar?

—Me… me está injuriando —lívido, tembloroso, le miraba con ojos enrojecidos por la ira—. *Sir* Paul, es usted un miserable si afirma algo tan vil, tan obsceno… ¿O quizá también su alma está poseída por Satán, mientras se finge un investigador intelectual?

—Salga de aquí —habló Paul, señalándole la puerta—. ¡Salga, Jacobs! Me produce usted náuseas. Y si intenta acercarse siquiera a Pamela Treadwell, juro que yo mismo le arrancaré la piel a tiras, hasta que todos sus demonios nefastos abandonen su cuerpo para siempre.

Jacobs, convulso, estremecido por la furia y la humillación, se retiró, soltando imprecaciones ofensivas. Pero apenas si había llegado a la acera, y la señora McMillan asentía, gozosa, aprobando cuanto dijera su huésped, cuando un grito agudo sonó en la calle.

—¿Qué es eso? —indagó Donald Calver, incorporándose y corriendo a un ventanal del hotel.

Las puertas del hotel volvieron a abrirse, para que una mujer enlutada, de singular parecido con Luther Jacobs, lo que reveló a ojos de Paul su identidad real, entrase dando voces estentóreas:

—¡El Señor nos ayude y proteja a todos! ¡El diablo mismo anda suelto y nos amenaza desde las sombras de la noche, señora McMillan! ¡Protegeos todos, en nombre del Señor, y vayamos todos en apretadas filas contra el Mal!

—Vieja bruja… —masculló entre dientes Karin McMillan, sobresaltada, para añadir luego con tono destemplado—: Melania, cálmese y diga de una vez qué demonios le ocurre…

—¿Y aún lo preguntas, mujer de poca fe? —aulló la hermana de

Luther—. ¡El Mal se ha desencadenado al fin, mostrando su horrible rostro sin máscaras de hermosura fingida! ¡La casa del doctor Treadwell está ardiendo, pero no se halla en ella el cuerpo que debe ser purificado en el fuego!

—¿Ardiendo? —estalló *sir* Paul, sobresaltado—. ¡No es posible! ¿Qué ha sucedido?

—El infierno puso sus llamas en ese recinto de maldad… —dijo con ojos fulgurantes de fanatismo Melania Jacobs, la exorcista—. ¡Pero ahora, mientras el doctor Treadwell busca como un poseso a su hija, desaparecida, ella se ha perdido en las tinieblas de la noche, con sus diabólicas risas, y la pobre señora Parrish yace malherida, no lejos de donde también el *constable* Cummings reposa sin sentido, alcanzado por el poder maléfico de la bruja!

—¡Cielos! —*Sir* Paul corrió hacia el exterior—. ¡Donald, ven conmigo!

Ambos amigos corrieron hacia la parada de taxis de la población, en busca de un vehículo para dirigirse precipitadamente a la mansión de los Treadwell. En la distancia, un fulgor anaranjado iluminaba el cielo, revelando el incendio en casa del doctor.

En medio de la calle, rodeado por una multitud ensombrecida y aterrorizada. Luther Jacobs lanzaba sus venenosas palabras al aire, con gran alarde de ademanes:

—¡Escuchadme todos! ¡Poned en vuestras puertas las señales de los cristianos, y tomad toda clase de armas y antorchas, para buscar a la hechizada, a la poseída de Satán, y destruirla sin piedad!

CAPÍTULO IV

—¿Cómo están todos?

—Cálmese, *constable*. La señora Parrish sufre una herida en el cráneo, pero no es nada grave. El doctor Treadwell ha sido encontrado, herido por piedras y arbustos, cerca de los pantanos… En cuanto a usted, parece que el golpe tampoco ha dañado su cabeza demasiado seriamente —sonrió con expresión meditativa *sir* Paul Galwin.

—Menos mal… —resopló Cummings, cerrando los ojos—. Temí lo peor, tras lo sucedido…

—Pero… ¿qué sucedió exactamente, *constable*? —se interesó el aristócrata.

—Pamela… No hay duda esta vez, *sir* Paul. Fue Pamela. La señora Parrish acababa de subirle una taza de caldo de verduras. La muchacha había vuelto en sí de su sopor, y su padre consideró oportuno que tomase aquel caldo, con unas tabletas de vitaminas. La señora Parrish se ocupaba de ello, mientras el doctor y yo hablábamos abajo. De repente, el mundo se nos vino encima. Pamela apareció ante nosotros, como posesa, con ojos desorbitados, con la faz convulsa, echando espuma por sus labios. Arriba, se oían gemidos de mujer, y Pamela llevaba en su mano el atizador de la chimenea. Destruía vidrios, cerámicas, riendo como una demente. Traté de retenerla, salté sobre ella, desoyendo los gritos de advertencia de su padre y me golpeó, derribándome. No perdí totalmente el conocimiento, y pude verla tomar un leño encendido del hogar, y arrojarlo sobre las cortinas, dispersando a golpes las pavesas y chispas, que prendieron prestamente. Ella, riendo siempre, se lanzó al exterior, y yo me levanté, corriendo con su padre, en el afán de capturarla. Nos arrojó el atizador, de súbito, con tan mala fortuna que me alcanzó a mí de nuevo. Caí, esta vez inconsciente por completo… y no sé más, *sir* Paul.

—Entiendo, *constable* —Galwin asintió, pensativo. Paseó por la estancia—. El doctor insiste en que Pamela tomó la dirección de una vieja casa abandonada al norte del pueblo.

—¡Old Witch Manor! —jadeó con sobresalto Cummings—. ¡La vieja casa de las brujas! Es un lugar abandonado, que dicen está maldito… Allí fueron quemadas las brujas, en 1810, por los otros Jacobs, los exorcistas. Cielos, si Pamela ha ido allí, es que no hay ya duda alguna… Está endemoniada, *sir* Paul…

—Evidentemente, está muy impresionado para hablar ahora así…

—Usted no ha visto a Pamela como yo la vi esta noche… —gimió Cummings, tocándose la frente, cubierta de vendajes—. Era algo terrible… No tenía nada de humano…

Sir Paul asintió, sin comentar nada. Caminó hacia la puerta, y dijo, cuando abandonaba ya la estancia donde reposaba el policía:

—Voy a ver a la señora Parrish un momento… Aún no sé lo que sucedió arriba, mientras ustedes dos esperaban… Luego, tengo que hacer unos análisis, ¿recuerda?

Cummings recordaba. Pero no entendía a *sir* Paul. Ni se sentía con ánimos para ello. Miró a la ventana. El amanecer estaba cercano. Se oían voces, y rumores en la calle. La gente de Hardfield estaba preparándose en dos grupos, dirigidos respectivamente por Luther y Melania Jacobs, para buscar a Pamela Treadwell. Si la hallaban, sería posiblemente quemada viva o lapidada brutalmente. El terror dominaba a todos, y sólo se pensaba en destruir aquel cuerpo, con la idea de aniquilar al Mal encerrado en él. Eso, cuando menos, era lo que Jacobs había metido en sus mentes. Los exorcistas, al fin, dominaban la situación.

Sir Paul sabía que los agentes de Scotland Yard estaban al llegar, y que otros policías habían sido solicitados urgentemente por teléfono para dominar la situación en Hardfield.

Pero todo eso requería dos o tres horas, cuando menos. Demasiado tiempo quizá.

Si era hallada por la turba, nada ni nadie la salvaría de morir. Para todos, era una endemoniada, un ser poseído por el Mal, una auténtica bruja, a quien era preciso destruir.

Sir Paul tenía sus ideas al respecto, pero precisaba antes probar algo. Luego, sería el momento de buscar por su propia cuenta a

Pamela. Y eso tenía que ser antes de transcurrida una hora, o cualquiera de aquellos grupos se adelantaría a él.

* * *

Old Witch Manor. Así la llamaban en Hardfield: la Casa de la Vieja Bruja.

Eran sólo muros ruinosos y ennegrecidos. La multitud había prendido fuego, siglo y medio antes, a aquel lugar maldito, donde una mujer había sido quemada viva, acusada de brujería y posesión diabólica. También unos Jacobs, exorcistas, estuvieron presentes entonces, y fueron directos responsables del brutal sacrificio.

Ahora, la historia podía repetirse en cualquier momento. Y lo que ya en 1810 fuera una monstruosidad jurídica y humana con una pobre criatura acusada de algo que, sin duda, tenía muy razonable y lógica explicación, sería incalificablemente salvaje.

Pero el terror y el fanatismo podían convertir a un ciudadano, del siglo XX en el más obcecado e ignorante medioeval, si se le atizaba debidamente el fuego del pánico y de la superstición. En eso, Luther Jacobs y su siniestra hermana, parecían ser maestros.

Sir Paul se detuvo ante las ruinas ennegrecidas, entre las que brotaban las plantas silvestres, los hierbajos y los brezos. El paraje, en torno, era hosco y desolado en aquella mañana neblinosa, fría y desapacible, que prestaba a todo el ambiente una tonalidad grisácea, triste. Miró en derredor, pensativo. Los pantanos mostrábanse solitarios, con la bruma flotando al nivel de sus aguas fangosas.

Las gentes capitaneadas por los Jacobs no habían llegado aún allí. Se movían a pie, a través de un terreno difícil, mientras que él había utilizado un vehículo, un *jeep* que no vaciló en arrendar al precio que le pidieron. Eso, pese al tiempo perdido en hablar con la señora Parrish y en analizar la sangre de Pamela en su laboratorio portátil, le había concedido cierta ventaja.

Tocó su chaqueta, mientras alcanzaba con firme zancada los primeros muros, oscuros y siniestros, de Old Witch Manor. El bulto confortable que formaba su revólver, le produjo cierto bienestar. Era un arma contundente, y no vacilaría en emplearla, llegado el

caso. No llevaba balas de plata para terminar con los espíritus del Mal, según las viejas tradiciones, ni esperaba que hiciera falta. La clase de enemigos que él imaginaba en Hardfield serían altamente sensibles a los proyectiles de níquel, del calibre 32.

Old Witch Manor era un dédalo de muros ennegrecidos, de montones de ruinas. Un laberinto sombrío, en la suave colina que dominaba una amplia zona pantanosa. Los arbustos eran numerosos y densos. Todo ello constituía un buen refugio para cualquiera. Se imaginó a Pamela, acechándole desde cualquier recoveco insospechado. Y se preguntó si sería la Pamela hermosa y dulce que vio bajo los efectos de los sedantes… o la que tras ingerir el humeante caldo que hiciera la buena señora Parrish, atacó ferozmente a cuantos ocupaban la vivienda, prendiendo fuego a ésta y escapando como una posesa hacia los pantanos.

Sir Paul no sentía miedo. Sabía positivamente que no todo podía explicarse en el mundo por la vía de la fría razón, y que, como Shakespeare pusiera en labios de Hamlet, «existían más cosas en el cielo y la tierra, que las que pudiera soñar la filosofía», de su amigo Horacio.

Pero concretamente en Hardfield, lo *no natural* que tenía todas las trazas de ser ultraterreno, quizá se explicara por otros cauces, aunque no del todo naturales ni lógicos.

Había un solo factor, un elemento inexplicado e inexplicable en el sangriento misterio de las marismas del Yorkshire. Y ése era el que estaba buscando ávidamente, seguro de encontrarlo en alguna parte, para encajar la última pieza del alucinante *puzzle*.

Ante todo, y por encima de los demás, necesitaba encontrar a alguien: a Pamela Treadwell. Solamente entonces, confiaba en llegar hasta el fin, y dar con la clave del enigma.

—¡Pamela! —elevó de repente su voz—. ¡Pamela, responda! ¡Señorita Treadwell, soy un amigo! ¡No la busco con exorcismo ni acusaciones monstruosas! ¡Pamela, escúcheme! ¡Soy su amigo de verdad, sé lo que le ocurre y vengo a salvarla! ¡Está en peligro, usted lo sabe! ¡La buscan como a una alimaña, y todos sus convecinos y amigos de toda la vida, son ahora cazadores furiosos que van en pos suyo, con la idea de eliminarla! ¡Pamela, responda! ¡Sé que me está oyendo, que me vigila, que sus ojos siguen todos mis movimientos! Me llamo Paul. Paul Galwin, y vengo desde

Londres para ayudarla. No soy policía, ni tampoco un cazador de brujas. No la busco para hacer exorcismos ni estupideces de ningún tipo… Pamela, créame. Sé lo que le sucede, sé lo que debe sentir ahora, lo que está sufriendo… Pamela Treadwell, por favor. Dentro de cinco o diez minutos será demasiado tarde. Los Jacobs, esos dos hermanos despiadados y fanáticos, vienen con gente armada. Su idea es asesinarla, justificando ese crimen con razones de superstición y ocultismo. ¿Es que no va a creer en mí, Pamela? Vamos, amiga mía… La espero. Esperaré unos minutos. Sólo tres. No disponemos de muchos más. Sé que vendrá a mí. Vendrá, porque necesita confiar en alguien. Y porque sabe que por muy oculta que esté aquí, terminarán por encontrarla y darle caza.

Se sentó tranquilamente en unas piedras. Miró su reloj, y empezó a contar.

Alrededor suyo, el silencio y la soledad eran absolutos. Dudó de que, realmente, Pamela estuviera allí cerca y le hubiese escuchado. Tal vez estaba solo y perdía lastimosamente el tiempo. Pero algo, un sexto sentido, su propia intuición, le decían que no estaba solo, que ella no podía estar lejos.

Pasó un minuto completo.

Silencio. Soledad. Total quietud en torno. El día, brumoso, se iba haciendo algo más claro, pero no mucho. De Pamela Treadwell, ni el menor rastro.

Empezó el segundo minuto, *sir* Paul Galwin frunció el ceño. Todo continuaba igual. Empezó a dudar de sí mismo. Si se había equivocado, malgastaba un tiempo precioso.

Transcurrieron veinte segundos. Treinta. Cuarenta. Casi dos minutos…

Chascaron los ramajes levemente. Crujieron unas hojas secas. Sólo eso. A su espalda, Galwin sonrió, en tensión, sin moverse. Eso ya era algo. Se aproximaba a él. Tras sí. Sigilosamente.

Dos minutos. Otro leve crujido, ya muy cerca. Un roce suave, que su agudo oído captó nítidamente. Un leve cosquilleo en su nuca, le reveló que su sensibilidad acusaba una mirada fija en él. Imaginarse a una mujer demente o posesa, acusada de horribles asesinatos, agazapada a espaldas suyas, podía provocar escalofríos a cualquiera. No a Paul. Se mantuvo quieto, muy quieto, muy sereno, muy dueño de sí.

A los dos minutos y treinta segundos, el crujido de hojarasca fue más acusado. Sin volverse, exhaló un suspiro y dejó de mirar su reloj. Habló, sereno, dueño de todos sus nervios:

—Ya era hora, Pamela. Vamos, deje de adoptar precauciones. Sé dónde está. Veo sus ojos fijos en mi nuca. No la temo. No me inquieta en absoluto criatura. Salga ya. Déjese ver. Hace rato que sigo sus pasos.

Hubo un silencio profundo. Luego, un chasquido de ramajes, más brusco. Unas pisadas suaves, amortiguadas. Una sombra gris flotó a espaldas de *sir* Paul, y se recortó fugazmente en tierra, ante él. Luego, la figura le rodeó, llena de solidez. Unos pies descalzos, sangrantes, heridos, aparecieron ante sus ojos. Elevó lentamente la cabeza y la mirada. Tobillos arañados, sangre… Gasas chamuscadas y manchadas de sangre, rotas, desgarradas… Muslos suavemente torneados, visibles entre jirones de un largo camisón translúcido. Unos senos virginales, erectos y suaves, sin nada entre ellos y el tenue tejido azul pálido. Cabellos húmedos, dorados, lacios. Un óvalo pálido. Unas pupilas azules, mortecinas Una boca carnosa, pálida ahora, y como crispada por la amargura Pamela Treadwell. O un fantasma de ella…

—¿Por qué ha venido? —musitó—. ¿Por qué… por qué no me teme?

Sir Paul la contempló fijamente. Sin un pestañeo. Sin moverse.

—He venido a salvarla —dijo—. No puedo temerle, Pamela. Soy su amigo.

—No le conozco. Nunca le vi.

—No hace falta eso para ser amigos. Vine a ayudarla.

—¿Por qué? —desconfió ella—. Estoy maldita. Me poseen los poderes infernales.

—He oído contar todo eso. La gente lo cree, y eso es lo malo.

—¡Es la verdad! —gimió—. ¡Maté a seres que no me hicieron nada malo! ¡Incendié mi casa, causé daño…! Debo morir. Es mejor morir. Así morirá todo lo malo que se oculta en mí…

—Pamela, no diga tonterías —sonrió *sir* Paul—. Anoche estaba bien. Su padre se sentía casi feliz. ¿Qué le pasó para cambiar de repente?

—No… no sé… Mi cabeza… —se tocó la frente, oprimió sus sienes—. No soy yo, entonces. Me poseen. El diablo se apodera de

mi mente, de mi cuerpo… Obra en mi lugar.

—Se tomó su caldo caliente. Luego, atacó a la señora Parrish…

—El caldo… Sí, tenía apetito. Lo tomé y me sentí mejor. De repente… Oh, Dios mío, ¿por qué no me mata usted con sus propias manos? Sería más compasivo, señor…

—Paul. Mi nombre es Paul Galwin. *Sir* Paul Galwin, de Londres.

—¿*Sir* Paul? ¿Un noble? —Le miró con estupor—. ¿Quién es? ¿Por qué está aquí?

—Me interesó su caso. Creo en los casos extraños. Pero no creo en los endemoniados.

—Podrá creer desde ahora. Era cierto que este lugar está maldito. Yo lo estoy. Déjeme morir, si no tiene valor para matarme usted mismo.

—Los exorcistas vienen hacia acá —señaló a la distancia. Pequeños puntos se movían entre los pantanos y la espesura—. Véalos. Los Jacobs y el pueblo… Hay que hacer algo antes.

—No hay nada que se pueda hacer. Ya sabe que no hay cura para mi mal.

—Pamela, usted no está enferma —sonrió Paul, moviendo negativamente la cabeza.

—Tal vez no. No es una enfermedad. Es una condenación definitiva.

—Ni siquiera eso, Pamela. El caldo me dio la clave.

—¿El caldo? ¿Qué dice?

—Las verduras… Su caldo apetitoso de anoche… La señora Parrish se lo prepara con frecuencia. Caldo, leche, sopas… Se desvive por usted.

—Es una buena mujer, la señora Parrish.

—Oh, ¿quién lo duda? Pero ese caldo, esa sopa, ese vaso de leche caliente… Ahí está su mal, Pamela. Ahí cambia usted siempre, ¿no es cierto?

—¿Qué… qué dice? —Pestañeó vivamente—. No sé. Cada noche lo tomo… Papá cuida de ello.

—Sea su padre o sea la señora Parrish… eso no importa. Se toma usted la infusión, el caldo o la leche. Pasan unos instantes. Y enloquece de súbito, ¿verdad?

—Eso no tiene sentido. Es sólo eso: coincidencia, *sir* Paul…

—Llámeme sólo Paul. Me gusta más así. No, Pamela. No es

coincidencia. Alguien pone en su bebida la droga capaz de enloquecer lentamente, de provocar sus crisis. ¿Se da cuenta? La están intoxicando, la drogan para que parezca usted una posesa.

—¡Eso… eso es imposible! Sarah Parrish nunca haría nada así… Y papá, menos aún…

Galwin miró de soslayo. La gente de Hardfield estaba cada vez más cerca de ellos.

—Escúcheme bien, Pamela: no tome nunca nada en lo sucesivo. Sólo lo que yo le dé. Ni siquiera de su padre, ¿entiende? Ellos no saben lo que le administran. Ni la señora Parrish ni el doctor. Pero la droga va dentro.

—Su… su teoría no tiene sentido. Paul… Sólo ellos tocan mis alimentos. No hay nadie más en casa.

—No hace falta que lo haya. Para usted es la mejor calidad de leche, las mejores verduras. Sólo para usted. Su padre no gusta de caldos, ni acostumbra a tomar leche. La señora Parrish me contó todo eso hace unos momentos. Era cuanto necesitaba saber.

—Pero… pero ¿cómo podría nadie entrar en casa sin ser visto, manipular los alimentos…?

—No hace falta tanto —rechazó Paul Galwin—. Las verduras llevan inoculada la droga. La leche va ya saturada del producto. La cocción o el calor, posiblemente, reactivan su poder. Y trastornan su mente y su comportamiento, Pamela.

—Pero… pero la señora Parrish adquiere esos alimentos en la mejor granja de Hardfield. ¿No lo sabe? Los Greene son nuestros proveedores. Y ellos no podrían…

—Lo sé. La señora Parrish lo compra todo en la granja de los Greene, también he averiguado eso. Acostumbra a ir con otra mujer a comprar. Una chica joven, una sirvienta como ella, empleada de doncella en otra casa de Hardfield.

—¿Gail Hopkins? Sí, me lo ha contado a veces —asintió Pamela —. La doncella de los Jacobs…

—Exacto —afirmó Paul gravemente—. La doncella de los Jacobs. Casi siempre coinciden ambas. Compran, charlan, van a los mismos lugares juntas… Anoche las encontré, al llegar a esta población, charlando en la hostería de los McMillan. La señora Parrish llevaba la verdura en un cesto. La hirvió anoche mismo, para darle a usted su caldo… ¿Va entendiendo?

—No, en absoluto.

—Bien. Lo entenderá en su momento. Ahora, Pamela, vamos a huir de aquí usted y yo.

—¿Huir? —Ella mostró tristeza, pesar—. No hay dónde ir, compréndalo. Ellos… ellos están rodeando toda la zona. No hay salida. No nos dejarán escapar.

—Ya lo he notado —rió Paul entre dientes—. Rodean los pantanos. Sólo dejan un camino abierto: el que, lógicamente, usted nunca emprendería.

—¿Cuál?

—El del pueblo: el sendero de regreso a Hardfield.

—Cielos, nunca iría allí. Y ellos lo saben.

—Exacto. Ellos lo saben. Por eso nunca cerrarían ese camino. Ni se les ocurriría buscarla en Hardfield… que es, justamente, adonde vamos ahora mismo, usted y yo.

—¿A Hardfield? —Se horrorizó la muchacha, incrédula—. ¡Es una locura!

—Eso es, justamente, lo que ellos pensarán. Y eso nos da ventaja. Vamos a Hardfield, Pamela. A casa de unos buenos amigos…

—¿Quiénes?

—Los Jacobs. Los exorcistas… —fue la increíble respuesta de *sir* Paul Galwin.

CAPÍTULO V

El pueblo parecía muerto. Abandonado. Nadie en las calles, nadie en puertas y ventanas. Estaba comenzando a lloviznar de modo débil e intermitente. El cielo tenía un denso color plomizo.

Detuvo su *jeep* Paul, justo frente a la casa de los Jacobs, en los límites de Hardfield. Una casa oscura, de valla de madera color pardo, con un crucifijo sobre la entrada al jardín, y un versículo de la Biblia, en latín, sobre la puerta de acceso a la casa.

—El puritanismo lo preside todo aquí —comentó Paul, avanzando decidido, tras comprobar que Pamela continuaba bien escondida en el asiento posterior, bajo unas telas y mantas. Se inclinó, tras mirar cautelosamente en torno, y susurró—: Ya puede salir, Pamela.

—Dios mío —ella asomó, asustada—. Si nos descubrieran sería terrible.

—Terrible —asintió Paul, ceñudo—. Pero creo que estarán lejos de aquí, en estos momentos, capitaneando la feroz cacería… en la que usted era la pieza codiciada.

Salvaron la valla, avanzando por el jardincillo. Éste continuaba lateralmente hacia un huerto posterior, situado a espaldas de la lúgubre vivienda. Por ese camino avanzó Paul, guiando a Pamela. El huerto no era muy amplio, pero estaba bien cuidado. No se veía rastro de persona alguna en torno. Ni los Jacobs, ni Gail Hopkins, su doncella morena y llamativa.

—Y bien… —Pamela se detuvo, mirando en torno—. ¿Qué vamos a hacer ahora? A esto le llamaría yo meterse en la boca del lobo, Paul.

—Ésa es la frase exacta —sonrió él, dándole confianza a la joven.

Alcanzó la puerta posterior, la de servicio, de acceso a la cocina. Estaba cerrada. Ante el asombro de Pamela Treadwell, Paul extrajo

un completo juego de modernas ganzúas, y el franquear aquel acceso fue un verdadero juego de niños.

—Adentro —invitó fríamente, haciéndose a un lado.

—Pero… pero Paul, esto es… allanar una morada. La de mis peores enemigos —jadeó.

—No lo dudo. Pero no va sola. Está conmigo, y sé lo que me hago, Pamela, no lo dude.

Asintió ella, siguiéndole, tras dominar sus reparos. Los dos jóvenes avanzaron por un oscuro corredor. La casa tenía un indefinible olor a viejo, a decadente. Y también a algo que ella no supo definir, y que Paul le expuso de repente, con una breve frase:

—Productos químicos, Pamela.

—¿Qué? —Se paró ella, aterrándole instintivamente una mano, con trémulos, fríos dedos.

—Química, he dicho —susurró Galwin—. Hay productos químicos aquí. El aire huele a algo de ello. Luther es bibliotecario. ¿Es acaso experta en química su hermana Melania?

—Sí —afirmó de repente Pamela, abriendo mucho sus ojos celestes—. Trabajó en la farmacia.

—Vaya… Melania Jacobs… Exorcista… y química —recitó Paul, irónico—. O… ¿por qué no alquimista?

—¿Alquimista?

—Un oficio viejo como el mundo. Alquimia… A veces, al servicio de ideas prácticas: los antiguos buscaban el oro a través de ella. La piedra filosofal y todo eso. Otros, creaban filtros de amor. Y otros… filtros endemoniados, productos infernales.

—Me asustan sus comentarios, Paul —tembló ella.

—A mí también hay algo que empieza a asustarme, Pamela. Sabía que había cierta cosa que no era natural. No pensé en brujerías ni en diablos, claro está. En otra cosa, que no encajaba en lo que yo entiendo por lógica y real. Es esto, Pamela, Ahora veo claro.

—¿Qué, Paul?

—Alquimia. Una química diabólica, diría yo. Venga, creo que tengo la clave. El olor es más fuerte aquí. Procede de esa puerta…

Señaló la escalera que subía a la planta alta de la casa. Pero no directamente a los escalones, sino a una puerta herméticamente cerrada, que quedaba a un lado, por debajo de los tramos. Sin duda,

un acceso al sótano.

—¿Vamos… vamos a entrar ahí? —gimió asustada Pamela.

—Sí —afirmó Paul—. Vamos a entrar.

* * *

El sótano era un laboratorio perfecto. Mesas con toda clase de instrumentos químicos, tubos de ensayo, líquidos, productos diversos, matraces, retortas, alambiques…

Una luz tibia, grisácea, se filtraba en el recinto subterráneo, procedente de una alta y angosta ventana asomada al exterior, a ras del suelo externo y fuertemente enrejada.

Pamela estaba realmente atemorizada. Paul lo examinó todo. Muy especialmente, un recipiente que había sobre un estante, conteniendo un líquido denso, verdoso y burbujeante. Observó que tenía una etiqueta con símbolos químicos y un nombre en lengua desconocida.

—Bueno… —murmuró lentamente, contemplando el conjunto en derredor—. Pamela, creo que hemos hallado el santuario de unos exorcistas que no son tales, sino unos creadores de brebajes extraños, de drogas y de toda clase de alucinógenos… Ellos mismos destilan aquí sus productos, tal vez comercializándolos… Ahora comprendo la droga que ingería usted en sus alimentos. Los Jacobs… A ellos les convenía crear una leyenda de terror en la región, algo que mantuviera a la gente alejada de ciertos lugares, por las noches. Los pantanos son buenos lugares para el intercambio de drogas por dinero… Y los traficantes actuaban entonces sin obstáculos…

—¿Cree que eso lo explicaría todo?

—Casi todo —sonrió Paul—. El negocio de drogas que ellos mismos producen… Unos asesinos brutales, un clima de terror, de brujería… de diablos. Ruidos y voces, sombras y movimientos anormales… siempre se explicarían fácilmente. Alguien huía, dejando huellas en su casa sigilosamente, para acusarla, Pamela. Y usted, drogada paulatinamente, sufría crisis que hacían pensar en una posesión diabólica…

—¿Los Jacobs son los culpables?

—Evidentemente. Éste es mejor negocio que el exorcismo… Pero necesitan a alguien más…

—¿A quién?

—A la persona que comete los crímenes. La persona que inocula la droga en sus alimentos, cerca de la señora Parrish…

—¿Quién es?

—Creo que ella… La morena y atractiva Gail Hopkins, su doncella…

—Lo acertó, *sir* Paul Galwin —dijo la voz a sus espaldas, con extraño tono glacial.

Se volvieron ambos vivamente. Gail Hopkins estaba allí, ante ellos. Paul observó que venía sola. Y que, al tiempo de terminar de hablar, tomaba el recipiente verde… y engullía un largo trago de él, vorazmente, mirándoles con extraña expresión en sus ojos.

Pamela, asustada, se había pegado a Galwin. Éste rozó su arma, sin extraerla. Una mujer, joven y escultural, no parecía motivo suficiente para actuar con un revólver… pese a que estaba seguro de hallarse, al fin ante la auténtica *bruja* de Hardfield, la autora directa de los crímenes de las marismas…

—Scotland Yard estará en este laboratorio hoy mismo —avisó Paul fríamente—. Gail, estás perdida. Y contigo, tus amos, los Jacobs. Pero la acusación contra ti será por asesinato… Ellos sólo serán tus encubridores, además de los fabricantes y traficantes de narcóticos.

Gail sonrió enigmáticamente. Había algo maligno y extraño en ella.

—¿Cree que vivirá para contarlo, *sir* Paul? —Rió extrañamente la doncella—. ¿Vivirá Pamela Treadwell, tras arder en la hoguera purificadora? Para todos… ella será la bruja, la posesa… ¡Nunca sabrá nadie que soy yo. Yo… y que ése es el elixir que me permite ser superior a todos los humanos… al menos durante las horas que duran sus efectos mágicos!

Soltó una carcajada. Una terrible, hiriente carcajada. Pamela sintió que se erizaban de pavor sus cabellos. Paul, alucinado, asistió a la mutación más terrorífica imaginable…

¡Gail Hopkins, la doncella sensual y lasciva de los Jacobs, ante sus propios ojos, se convertía en un monstruo purulento y horrible! Sus ojos se inyectaban en sangre, su boca espumeaba, su piel se

cubría de llagas y marcas de pus, las manos y brazos se cubrían de vello y arrugas hediondas, las uñas crecían y se engarbaban. Soltó un largo aullido inhumano, bestial, a medida que su cabello se teñía de un blanquecino lívido que podía parecer rubio en la noche… Era una bestia, un monstruo feroz, el que saltó sobre Paul Galwin…

* * *

Paul no vaciló. Pamela iba a ser también víctima de aquel horror viviente, sin duda producto de una química monstruosa de los Jacobs… El elixir verde era una especie de brebaje a la usanza del que Jekyll usaba para convertirse en Hyde… Y Gail Hopkins era la Mujer y el Monstruo.

Galwin disparó su revólver a través del tejido de su chaqueta. Unas, dos, tres, cuatro, cinco veces… Hasta casi vaciar el cilindro del arma. Las balas fueron clavándose en el rostro tumefacto y espantoso de la abominable criatura. Reventó sus ojos y boca, pulverizó su cerebro de monstruo temporal… Cuando cayó, bañada en sangre, con un atroz alarido, a los pies de Pamela Treadwell, comenzó otra mutación rápida, El monstruo volvía a ser Gail Hopkins de modo paulatino. La muerte devolvía a su ser la apariencia que antes tuviera. Paul apretó contra sí a Pamela, sacudida por el llanto, convulsa de horror.

—Dije siempre que había algo extraño, irreal, en todo esto… —musitó—. Ahora sé lo que es. Melania Jacobs es tan experta química… que ha creado un producto capaz de hacer de un ser humano un monstruo de perversión y fealdad… Una fórmula que vale más destruir para siempre, Pamela.

Derribó de un manotazo el líquido, que hirvió en el suelo, junto a la víctima, evaporándose con celeridad.

Luego, condujo a Pamela hacia la salida, lentamente.

—Vamos, muchacha —susurró—. Veremos al *constable* ahora… Y Scotland Yard se ocupará del resto esta misma mañana. Hay suficientes pruebas aquí para acusar a los Jacobs y enviarlos a prisión para toda su vida. El pueblo de Hardfield reconocerá, avergonzado, sus errores.

—Preferiría irme lejos, muy lejos de Hardfield… y para siempre,

Paul.

—Arreglaremos eso —sonrió Paul—. Creo que su padre puede abrir en Harley Street un consultorio… y usted podría ser una buena colaboradora para mis trabajos de investigación. Le ofreceré un buen trabajo, un buen sueldo… y la posibilidad de vivir en Londres. Además, soy soltero, ¿sabe, Pamela? De modo que no tiene nada que temer al trabajar conmigo. Si me enamoro de usted… podré pedirle que se case conmigo. Y entonces, todo dependerá de usted…

Salieron de la casa de los Jacobs. Poco más tarde, el *constable* Cummings comprobaba la alucinante historia de *sir* Paul Galwin. Y los hombres de Scotland Yard, recién llegados a Hardfield, se encontraron con el caso resuelto…

Sólo que *sir* Paul no refirió a nadie la vertiente irreal del caso. Para todos, Gail se disfrazaba por las noches, cuando asesinaba a las víctimas elegidas. De la droga increíble, de sus efectos sobre la biología humana… nunca supo nadie nada, salvo *sir* Paul Galwin, y Pamela Treadwell… que un día fue Pamela Galwin… Mejor dicho, *lady* Pamela Galwin…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.